

JUAN

El apóstol y evangelista Juan parece haber sido el más joven de los doce. Fue especialmente favorecido con la consideración y confianza de nuestro Señor, al punto que se lo nombra como el discípulo al que amaba Jesús. Estaba sinceramente ligado a su Maestro. Ejerció su ministerio en Jerusalén con mucho éxito, y sobrevivió a la destrucción de esa ciudad, según la predicción de Cristo, capítulo xxi, 22. La historia narra que después de la muerte de la madre de Cristo, Juan vivió principalmente en Éfeso. Hacia el final del reinado de Domiciano fue deportado a la isla de Patmos, donde escribió su Apocalipsis. Al instalarse Nerva, fue puesto en libertad y regresó a Éfeso, donde se cree que escribió su evangelio y las epístolas, alrededor del 97 d. C., y murió poco después. —El objetivo de este evangelio parece ser la transmisión al mundo cristiano de nociones justas de la naturaleza, el oficio y el carácter verdadero del Maestro Divino, que vino a instruir y a redimir a la humanidad. Con este propósito, Juan fue guiado a elegir, para su narración, los pasajes de la vida de nuestro Salvador que muestran más claramente su autoridad y su poder divino; y aquellos discursos en que habló más claramente de su naturaleza, y del poder de su muerte como expiación por los pecados del mundo. Omitiendo o mencionando brevemente, los sucesos registrados por los otros evangelistas, Juan da testimonio de que sus relatos son verdaderos, y deja lugar para las declaraciones doctrinarias ya mencionadas, y para detalles omitidos en otros evangelios, muchos de los cuales tienen enorme importancia.

CAPÍTULO I

Versículos 1—5. *La divinidad de Cristo.* 6—14. *Su naturaleza divina y humana.* 15—18. *El testimonio de Cristo por Juan el Bautista.* 19—28. *El testimonio público de Juan sobre Cristo.* 29—36. *Otros testimonios de Juan sobre Cristo.* 37—42. *Andrés y otro discípulo siguen a Jesús.* 43—51. *Llamamiento de Felipe y Natanael.*

Vv. 1—5. La razón más simple del por qué se llama Verbo al Hijo de Dios, parece ser, que como nuestras palabras explican nuestras ideas a los demás, así fue enviado el Hijo de Dios para revelar el pensamiento de Su Padre al mundo. —Lo que dice el evangelista acerca de Cristo prueba que Él es Dios. Afirma su existencia en el comienzo; su coexistencia con el Padre. El Verbo estaba con Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él, y no como instrumento. Sin Él nada de lo que ha sido hecho fue hecho, desde el ángel más elevado hasta el gusano más bajo. Esto muestra cuán bien calificado estaba para la obra de nuestra redención y salvación. La luz de la razón, y la vida de los sentidos, deriva de Él, y depende de Él. Este Verbo eterno, esta Luz verdadera resplandece, pero las tinieblas no la comprendieron. Oremos sin cesar que nuestros ojos sean abiertos para contemplar esta Luz, para que andemos en ella; y así seamos hechos sabios para salvación por fe en Jesucristo.

Vv. 6—14. Juan el Bautista vino a dar testimonio de Jesús. Nada revela con mayor plenitud las tinieblas de la mente de los hombres que cuando apareció la Luz y hubo necesidad de un testigo para llamar la atención a ella. Cristo era la Luz verdadera; esa gran Luz que merece ser llamada así.

Por su Espíritu y gracia ilumina a todos los que están iluminados para salvación; y los que no están iluminados por Él, perecen en las tinieblas. Cristo estuvo en el mundo cuando asumió nuestra naturaleza y habitó entre nosotros. El Hijo del Altísimo estuvo aquí en este mundo inferior. Estuvo *en* el mundo, pero no era *del* mundo. Vino a salvar a un mundo perdido, porque era un mundo de Su propia hechura. Sin embargo, el mundo no le conoció. Cuando venga como Juez, el mundo le conocerá. Muchos dicen que son de Cristo, aunque no lo reciben porque no dejan sus pecados ni permiten que Él reine sobre ellos. —Todos los hijos de Dios son nacidos de nuevo. Este nuevo nacimiento es por medio de la palabra de Dios, 1 Pedro i, 23, y por el Espíritu de Dios en cuanto a Autor. Por su presencia divina Cristo siempre estuvo en el mundo, pero, ahora que iba a llegar el cumplimiento del tiempo, Él fue, de otra manera, Dios manifestado en la carne. Obsérvese, no obstante, los rayos de su gloria divina que perforaron este velo de carne. Aunque tuvo en la forma de siervo, en cuanto a las circunstancias externas, respecto de la gracia su forma fue la del Hijo de Dios cuya gloria divina se revela en la santidad de su doctrina y en sus milagros. Fue lleno de gracia, completamente aceptable a su Padre, por tanto, apto para interceder por nosotros; y lleno de verdad, plenamente consciente de las cosas que iba a revelar.

Vv. 15—18. Cronológicamente y en la entrada en su obra, Cristo vino después de Juan, pero en toda otra forma fue antes que él. La expresión muestra claramente que Jesús tenía existencia antes de aparecer en la tierra como hombre. En Él habita toda plenitud, de quien solo los pecadores caídos tienen, y recibirán por fe, todo lo que los hace sabios, fuertes, santos, útiles y dichosos. Todo lo que recibimos por Cristo se resume en esta sola palabra: gracia; recibimos: “gracia sobre gracia” un don tan grande, tan rico, tan inapreciable; la buena voluntad de Dios para con nosotros, y la buena obra de Dios en nosotros. La ley de Dios es santa, justa y buena; y debemos hacer el uso apropiado de ella. Pero no podemos derivar de ella el perdón, la justicia o la fuerza. Nos enseña a adornar la doctrina de Dios nuestro Salvador, pero no puede tomar el lugar de esa doctrina. Como ninguna misericordia procede de Dios para los pecadores sino por medio de Jesucristo, ningún hombre puede ir al Padre sino por Él; nadie puede conocer a Dios salvo que Él lo dé a conocer en el Hijo unigénito y amado.

Vv. 19—28. Juan niega ser el Cristo esperado. Vino en el espíritu y el poder de Elías, pero no era la persona de Elías. Juan no era *aquel* Profeta del cual Moisés habló, que el Señor levantaría de sus hermanos como para Él. No era el profeta que ellos esperaban los rescataría de los romanos. Se presentó de tal manera que podría haberlos despertado y estimulado para que lo escucharan. Bautizó a la gente con agua como profesión de arrepentimiento y como señal externa de las bendiciones espirituales que les conferiría el Mesías, que estaba en medio de ellos, aunque ellos no le conocieron, Aquel al cual él era indigno de dar el servicio más vil.

Vv. 29—36. Juan vio a Jesús que venía a él, y lo señaló como el Cordero de Dios. El cordero pascual, en el derramamiento y rociamiento de su sangre, el asar y comer su carne y todas las demás circunstancias de la ordenanza, representaban la salvación de los pecadores por fe en Cristo. Los corderos sacrificados cada mañana y cada tarde pueden referirse sólo a Cristo muerto como sacrificio para redimirnos para Dios por su sangre. Juan vino como predicador de arrepentimiento, aunque dijo a sus seguidores que tenían que buscar el perdón de sus pecados sólo en Jesús y en su muerte. Concuera con la gloria de Dios perdonar a todos los que dependen del sacrificio expiatorio de Cristo. Él quita el pecado del mundo; adquiere perdón para todos los que se arrepienten y creen el evangelio. Esto alienta nuestra fe; si Cristo quita el pecado del mundo entonces, ¿por qué no *mi* pecado? Él llevó el pecado *por* nosotros y, así, lo quita *de* nosotros. Dios pudiera haber quitado el pecado quitando al pecador, como quitó el pecado del viejo mundo, pero he aquí una manera de quitar pecado salvando al pecador, haciendo pecado a su Hijo, esto es, haciéndole ofrenda por el pecado por nosotros. Véase a Jesús quitando el pecado y que eso nos haga odiar el pecado y decidirmos en su contra. No nos aferremos de eso que el Cordero de Dios vino a quitar. —Para confirmar su testimonio de Cristo, Juan declara su aparición a su bautismo, cosa que el mismo Dios atestiguó. Vio y tomó nota de que es el Hijo de Dios. Este es el fin y el objetivo del testimonio de Juan: que Jesús era el Mesías prometido. Juan aprovechó toda oportunidad que se le ofreció para

guiar la gente a Cristo.

Vv. 37—42. El argumento más fuerte y dominante de un alma vivificada para seguir a Cristo es que Él es el único que quita el pecado. Cualquiera sea la comunión que haya entre nuestras almas y Cristo, Él es quien empieza la conversación. Preguntó, ¿qué buscáis? La pregunta que les hace Jesús es la que debiéramos hacernos todos cuando empezamos a seguirle, ¿qué queremos y qué deseamos? Al seguir a Cristo, ¿buscamos el favor de Dios y la vida eterna? Los invita a acudir sin demora. Ahora es el tiempo aceptable, 2 Corintios vi, 2. Bueno es para nosotros estar donde esté Cristo, dondequiera que sea. —Debemos trabajar por el bienestar espiritual de nuestros parientes, y procurar llevarlos a Él. Los que van a Cristo deben ir con la resolución fija de ser firmes y constantes en Él, como piedra, sólida y firme; y es por su gracia que son así.

Vv. 43—51. Véase la naturaleza del cristianismo verdadero: seguir a Jesús; dedicarnos a Él y seguir sus pisadas. Fijaos en la objeción que hizo Natanael. Todos los que desean aprovechar la palabra de Dios deben cuidarse de los prejuicios contra lugares o denominaciones de los hombres. Deben examinarse por sí mismos y, a veces, hallarán el bien donde no lo buscaron. Mucha gente se mantiene fuera de los caminos de la religión por los prejuicios irracionales que conciben. La mejor manera de eliminar las falsas nociones de la religión es juzgarla. —No había engaño en Natanael. Su profesión no era hipócrita. No era un simulador ni deshonesto; era un carácter sano, un hombre realmente recto y piadoso. Cristo sabe, sin duda, lo que son los hombres. ¿Nos conoce? Deseemos conocerle. Procuremos y oremos para ser un verdadero israelita en quien no hay engaño, cristianos verdaderamente aprobados por el mismo Cristo. Algunas cosas débiles, imperfectas y pecaminosas se encuentran en todos, pero la hipocresía no corresponde al carácter del creyente. Jesús dio testimonio de lo que pasó cuando Natanael estaba debajo de la higuera. Probablemente, entonces, estaban orando con fervor, buscando dirección acerca de la Esperanza y el Consuelo de Israel, donde ningún ojo humano lo viera. Esto le demostró que nuestro Señor conocía los secretos de su corazón. —Por medio de Cristo tenemos comunión con los santos ángeles y nos beneficiamos de ellos; y se reconcilian y unen las cosas del cielo y las cosas de la tierra.

CAPÍTULO II

Versículos 1—11. *El milagro en Caná.* 12—22. *Cristo expulsa del templo a los compradores y los vendedores.* 23—25. *Muchos creen en Cristo.*

Vv. 1—11. Es muy deseable que cuando haya un matrimonio Cristo lo reconozca y lo bendiga. Los que quieren tener a Cristo consigo en su matrimonio deben invitarlo por medio de la oración y Él vendrá. Mientras estamos en este mundo nos hallamos, a veces, en aprietos aun cuando creemos estar en abundancia. Había una necesidad en la fiesta de bodas. Los que son dados a preocuparse por las cosas del mundo deben esperar problemas y contar con el desencanto. Cuando hablamos a Cristo debemos exponer con humildad nuestro caso ante Él y, luego, encomendarnos a Él para que haga como le plazca. —No hubo falta de respeto en la respuesta de Cristo a su madre. Usó la misma palabra cuando le habló con afecto desde la cruz, pero es testimonio presente contra la idolatría de las épocas posteriores que rinde honores indebidos a su madre. —Su hora llega cuando no sabemos qué hacer. La tardanza de la misericordia no es una negación de las oraciones. Los que esperan los favores de Cristo deben obedecer sus órdenes con prontitud. El camino del deber es el camino a la misericordia, y no hay que objetar los métodos de Cristo. —El primero de los milagros de Moisés fue convertir agua en sangre, Exodo vii, 20; el principio de los milagros de Cristo fue convertir agua en vino, lo cual puede recordarnos la diferencia que hay entre la ley de Moisés y el evangelio de Cristo. Él demuestra que beneficia con consuelos de la creación a todos los creyentes verdaderos y que a ellos los convierte en verdadero consuelo. Las obras de Cristo son todas para bien. ¿Ha convertido tu agua en vino, te dio conocimiento y gracia? Es para aprovecharlo; por tanto, saca

ahora y úsalo. Era el mejor vino. Las obras de Cristo se recomiendan por sí mismas aun ante quienes no conocen a su Autor. Lo que es producido por milagro siempre ha sido lo mejor de su clase. Aunque con esto Cristo permite el uso correcto del vino, no anula en lo más mínimo su advertencia de que nuestros corazones, en ningún momento, se carguen con glotonería ni embriaguez, Lucas xxi, 34. Aunque no tenemos que ser melindrosos para festejar con nuestras amistades en ocasiones apropiadas, de todos modos, toda reunión social debe realizarse de tal modo que podamos invitar a reunirse con nosotros al Redentor, si ahora estuviera en la tierra; toda liviandad, lujuria y exceso le ofenden.

Vv. 12—22. La primera obra pública en que hallamos a Cristo es expulsar del templo a los cambistas que los codiciosos sacerdotes y dirigentes apoyaban para que convirtieran en mercado sus atrios. Los que ahora hacen de la casa de Dios un mercado, son los que tienen sus mentes llenas con el interés por los negocios del mundo cuando asisten a los ejercicios religiosos, o los que desempeñan oficios divinos por amor a una ganancia. —Habiendo purificado el templo, Cristo dio una señal a los que le pidieron que probara su autoridad para actuar: Anuncia su muerte por la maldad de los judíos. Destruid este templo. Yo os permitiré destruirlo. Anuncia su resurrección por su propio poder: En tres días lo levantaré. Cristo volvió a la vida por su poder. Los hombres se equivocan cuando entienden literalmente cuando las Escrituras hablan figuradamente. Cuando Jesús resucitó de entre los muertos, sus discípulos recordaron que había dicho esto. Mucho ayuda a nuestro entendimiento de la palabra divina que observemos el cumplimiento de las Escrituras.

Vv. 23—25. Nuestro Señor conocía a todos los hombres, su naturaleza, sus disposiciones, sus afectos y sus intenciones, de una manera que nosotros no conocemos a nadie, ni siquiera a nosotros mismos. Conoce a sus astutos enemigos, y todos sus proyectos secretos; a sus amigos falsos y su verdadero carácter. Él sabe quienes son verdaderamente suyos, conoce su rectitud, y conoce sus debilidades. Sabemos lo que los hombres hacen; Cristo sabe lo que hay en ellos, Él prueba el corazón. Cuidado con una fe muerta o una profesión de fe formal: No hay que confiar en los profesantes carnales y vacíos, y aunque los hombres se impongan a otros o a sí mismos, no pueden imponerse al Dios que escudriña el corazón.

CAPÍTULO III

Versículos 1—21. *Conversación de Cristo con Nicodemo.* 22—36. *El bautismo de Juan y el de Cristo.—Testimonio de Juan.*

Vv. 1—8. Nicodemo temía, o se avergonzaba de ser visto con Cristo, por tanto, acudió de noche. Cuando la religión está fuera de moda, hay muchos Nicodemos, pero aunque vino de noche, Jesús lo recibió, y por ello nos enseña a animar los buenos comienzos, aunque sean débiles. Aunque esta vez vino de noche, después reconoció públicamente a Cristo. No habló con Cristo de asuntos de estado, aunque era un gobernante, sino de los intereses de su propia alma y de su salvación, hablando al respecto de una sola vez. —Nuestro Salvador habla de la necesidad y naturaleza de la regeneración o nuevo nacimiento y, de inmediato llevó a Nicodemo a la fuente de santidad del corazón. El nacimiento es el comienzo de la vida; nacer de nuevo es empezar a vivir de nuevo, como los que han vivido muy equivocados o con poco sentido. Debemos tener una nueva naturaleza, nuevos principios, nuevos afectos, nuevas miras. Por nuestro primer nacimiento somos corruptos, formados en el pecado; por tanto, debemos ser hechos nuevas criaturas. No podía haberse elegido una expresión más fuerte para significar un cambio de estado y de carácter grande y muy notable. Debemos ser enteramente diferentes de lo que fuimos antes, como aquello que empieza a ser en cualquier momento, no es, y no puede ser lo mismo que era antes. Este nuevo nacimiento es *del* cielo, capítulo i, 13, y tiende *al* cielo. Es un cambio grande hecho en el corazón del pecador por el poder del Espíritu Santo. Significa que algo es hecho en nosotros y a favor de nosotros que no

podemos hacer por nosotros mismos. Algo obra por lo que empieza una vida que durará por siempre. De otra manera no podemos esperar un beneficio de Cristo; es necesario para nuestra felicidad aquí y en el más allá. —Nicodemo entendió mal lo que dijo Cristo, como si no hubiera otra manera de regenerar y moldear de nuevo un alma inmortal que volver a dar un marco al cuerpo. Sin embargo, reconoció su ignorancia, lo que muestra el deseo de ser mejor informado. Entonces, el Señor Jesús explica más. Muestra al Autor de este bendito cambio. No es obra de nuestra sabiduría o poder propio, sino del poder del bendito Espíritu. Somos formados en iniquidad, lo que hace necesario que nuestra naturaleza sea cambiada. No tenemos que maravillarnos de esto, porque cuando consideramos la santidad de Dios, la depravación de nuestra naturaleza, y la dicha puesta ante nosotros, no tenemos que pensar que es raro que se ponga tanto énfasis sobre esto. —La obra regeneradora del Espíritu Santo se compara con el agua. También es probable que Cristo se haya referido a la ordenanza del bautismo. No se trata que sean salvos todos aquellos bautizados, y sólo ellos; pero sin el nuevo nacimiento obrado por el Espíritu, y significado por el bautismo, nadie será súbdito del reino del cielo. —La misma palabra significa viento y Espíritu. El viento sopla de donde quiere hacia nosotros; Dios lo dirige. El Espíritu envía sus influencias donde, y cuando, y a quien, y en qué medida y grado le plazca. Aunque las causas estén ocultas, los efectos son evidentes, cuando el alma es llevada a lamentarse por el pecado y a respirar según Cristo.

Vv. 9—13. La exposición hecha por Cristo de la doctrina y la necesidad de la regeneración pareciera no haber quedado clara para Nicodemo. Así, las cosas del Espíritu de Dios son necesidad para el hombre natural. Muchos piensan que no puede ser probado lo que no pueden creer. —El discurso de Cristo sobre las verdades del evangelio, versículos 11—13, muestra la necesidad de aquellos que hacen que estas cosas sean extrañas para ellos; y nos recomienda que las investiguemos. Jesucristo es capaz en toda forma de revelarnos la voluntad de Dios; porque descendió del cielo, y aún está en el cielo. Aquí tenemos una nota de las dos naturalezas distintas de Cristo en una persona, de modo que es el Hijo del Hombre, aunque está *en* el cielo. Dios es “EL QUE ES” y el cielo es la habitación de su santidad. Este conocimiento debe venir de lo alto y solo puede ser recibido por fe.

Vv. 14—18. Jesucristo vino a salvarnos sanándonos, como los hijos de Israel, picados por serpientes ardientes fueron curados y vivieron al mirar a la serpiente de bronce, Números xxi, 6—9. Obsérvese en esto la naturaleza mortal y destructora del pecado. Pregúntese a conciencias vivificadas, pregúntese a pecadores condenados, quienes dirán que, por encantadoras que sean las seducciones del pecado, al final muere como serpiente. Véase el remedio poderoso contra esta enfermedad fatal. Cristo nos es propuesto claramente en el evangelio. Aquel a quien ofendimos es nuestra Paz, y la manera de solicitar la curación es creer. Si alguien hasta ahora toma livianamente la enfermedad del pecado o el método de curación de Cristo, y no recibe a Cristo en las condiciones que Él pone, su ruina pende sobre su cabeza. Él dijo: Mirad y sed salvos, mirad y vivid; alzad los ojos de la fe a Cristo crucificado. Mientras no tengamos la gracia para hacer esto, no seremos curados, sino seguiremos heridos por los agujones de Satanás, y en estado moribundo. —Jesucristo vino a salvarnos perdonándonos, para que no muriéramos por la sentencia de la ley. He aquí el evangelio, la verdadera, la buena nueva. He aquí al amor de Dios al dar a su Hijo por el mundo. Tanto amó Dios al mundo, tan verdaderamente, tan ricamente. ¡Mirad y maravillaos, que el gran Dios ame a un mundo tan indigno! —Aquí, también, está el gran deber del evangelio: creer en Jesucristo. Habiéndolo dado Dios para que fuera nuestro Profeta, Sacerdote y Rey, nosotros debemos darnos para ser gobernados y enseñados, y salvados por Él. He aquí el gran beneficio del evangelio, que quienquiera que crea en Cristo no perecerá mas tendrá vida eterna. Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, y de ese modo, lo salvaba. No podía ser salvado sino por medio de Él; en ningún otro hay salvación. —De todo esto se muestra la dicha del creyente verdadero: el que cree en Cristo no es condenado. Aunque ha sido un gran pecador, no se le trata según lo que merecen sus pecados.

Vv. 18—21. ¡Cuán grande es el pecado de los incrédulos! Dios envió a Uno que era el más

amado por Él, para salvarnos; ¿y no será el más amado para nosotros? ¡Cuán grande es la miseria de los incrédulos! Ya han sido condenados, lo que habla de una condenación *cierta*; una condenación *presente*. La ira de Dios ahora se desata sobre ellos; y los condenan sus propios corazones. También hay una condenación basada *en su culpa anterior*; ellos están expuestos a la ley por todos sus pecados; porque no están interesados por fe en el perdón del evangelio. La incredulidad es un pecado contra el remedio. Brota de la enemistad del corazón del hombre hacia Dios, del amor al pecado en alguna forma. Léase también la condenación de los que no quieren conocer a Cristo. Las obras pecadoras son las obras de las tinieblas. El mundo impío se mantiene tan lejos de esta luz como puede, no sea que sus obras sean reprobadas. Cristo es odiado porque aman el pecado. Si no odiaran el conocimiento de la salvación, no se quedarían contentos en la ignorancia condenadora. —Por otro lado, los corazones renovados dan la bienvenida a la luz. Un hombre bueno actúa verdadera y sinceramente en todo lo que hace. Desea saber cuál es la voluntad de Dios, y hacerla, aunque sea contra su propio interés mundanal. Ha tenido lugar un cambio en todo su carácter y conducta. El amor a Dios es derramado en su corazón por el Espíritu Santo, y llega a ser el principio rector de sus acciones. En la medida que siga bajo una carga de culpa no perdonada, solo puede tener un temor servil a Dios, pero cuando sus dudas se disipan, cuando ve la base justa sobre la cual se edifica su perdón, lo asume como si fuera propio, y se une con Dios por un amor sin fingimiento. Nuestras obras son buenas cuando la voluntad de Dios es la regla de ellas, y la gloria de Dios, su finalidad; cuando se hacen en su poder y por amor a Él; a Él, y no a los hombres. —La regeneración, o el nuevo nacimiento, es un tema al cual el mundo tiene aversión; sin embargo, es el gran ganancia en comparación con la cual todo lo demás no es sino fruslería. ¿Qué significa que tengamos comida para comer con abundancia, y una variedad de ropa para ponernos, si no hemos nacido de nuevo? ¿Si después de unas cuantas mañanas y tardes pasadas en alegría irracional, placer carnal y desorden, morimos en nuestros pecados y yacemos en el dolor? ¿De que vale que seamos capaces de desempeñar nuestra parte en la vida, en todo otro aspecto, si al final oímos de parte del Juez Supremo: “Apartaos de mí, no os conozco, obradores de maldad?”

Vv. 22—36. Juan se satisfizo por completo con el lugar y la obra asignada, pero Jesús vino a una obra más importante. Él también sabía que Jesús crecería en honor e influencia, porque de Su reino y la paz no habría fin, mientras a él lo seguirían cada vez menos. Juan sabía que Jesús vino del cielo como el Hijo de Dios, mientras él era un hombre mortal y pecador, que sólo podía hablar de las cosas más sencillas de la religión. Las palabras de Jesús eran la palabra de Dios; Él tenía el Espíritu, no según medida como los profetas, sino en toda su plenitud. La vida eterna puede tenerse sólo por fe en Él, y así puede obtenerse; pero no pueden participar de la salvación todos los que no creen en el Hijo de Dios, sino que la ira de Dios está sobre ellos para siempre.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—3. *La partida de Cristo hacia Galilea.* 4—26. *Su conversación con la mujer samaritana.* 27—42. *Los efectos de la conversación de Cristo con la mujer de Samaria.* 43—54. *Cristo sana al hijo del noble.*

Vv. 1—3. Jesús se dedicó más a predicar, que era más excelente, que a bautizar, 1 Corintios i, 17. Honrará a sus discípulos empleándolos para bautizar. Nos enseña que el beneficio de los sacramentos no depende de la mano que los administra.

Vv. 4—26. Había mucho odio entre samaritanos y judíos. El camino de Cristo desde Judea a Galilea pasaba por Samaria. No debemos meternos en lugares de tentación, sino cuando debemos y, entonces, no debemos permanecer en ellos, sino apresurarnos a pasar por ellos. —Aquí tenemos a nuestro Señor Jesús sujeto a la fatiga normal de los viajeros. Así vemos que era verdadero hombre. El trabajo agotador vino con el pecado; por tanto, Cristo, habiéndose hecho maldición por nosotros,

estuvo sujeto a ella. Además, era pobre y realizó todos sus viajes a pie. Cansado, pues, se sentó en el pozo; no tenía un cojín donde descansar. *De este modo* se sentó, como se sienta alguien cansado de viajar. Con toda seguridad debemos someternos rápidamente a ser como el Hijo de Dios en cosas como esas. —Cristo pidió agua a la mujer. Ella se sorprendió porque Él no demostró la ira de su nación contra los samaritanos. Los hombres moderados de todas partes son los hombres que asombran. Cristo aprovechó la ocasión para enseñarle cosas divinas: Convirtió a esta mujer demostrándole su ignorancia y pecaminosidad y su necesidad de un Salvador. Se alude al Espíritu con el agua viva. Con esta comparación se había prometido la bendición del Mesías en el Antiguo Testamento. Las gracias del Espíritu y sus consolaciones satisfacen el alma sedienta que conoce su propia naturaleza y necesidad. —Lo que Jesús dijo figuradamente, ella lo entendió literalmente. Cristo señala que el agua del pozo de Jacob daba una satisfacción de breve duración. No importa cuáles sean las aguas de consolación que bebamos, volveremos a tener sed. Pero a quien participa del Espíritu de gracia, y del consuelo del evangelio, nunca le faltará lo que dará abundante satisfacción a su alma. Los corazones carnales no miran más alto que las metas carnales. Dame, dijo ella, no para que yo tenga la vida eterna, propuesta por Cristo, sino para que no tenga que venir más aquí a buscar agua. —La mente carnal es muy ingeniosa para cambiar las convicciones e impedir que apremien, pero ¡nuestro Señor Jesús dirige muy certeramente la convicción de pecado a la conciencia de ella! La reprendió severamente por su presente estado de vida. —La mujer reconoció que Cristo era profeta. El poder de su palabra para escudriñar el corazón y convencer de cosas secretas a la conciencia es prueba de autoridad divina. —Pensar que desaparecen las cosas por las que luchamos debiera enfriar nuestras contiendas. El objeto de adoración seguirá siendo el mismo, Dios, como Padre, pero se pondrá fin a todas las diferencias sobre el lugar de adoración. La razón nos enseña a considerar la decencia y la conveniencia en los lugares de nuestro servicio de adoración, pero la religión no da preferencia a un lugar respecto de otro en cuanto a la santidad y la aprobación de Dios. —Los judíos tenían, por cierto, la razón. Quienes han obtenido cierto conocimiento de Dios por las Escrituras, saben *a quién* adoran. La palabra de salvación era de los judíos. Llegó a otras naciones a través de ellos. Cristo prefirió, con justicia, la adoración judía antes que la samaritana, pero aquí habla de lo anterior como algo que pronto se terminará. Dios estaba por ser revelado como el Padre de todos los creyentes de toda nación. El espíritu o alma del hombre, influido por el Espíritu Santo, debe adorar a Dios y tener comunión con Él. Los afectos espirituales, como se demuestran en las oraciones, súplicas y acciones de gracia fervorosas, constituyen la adoración de un corazón recto, en el cual Dios se deleita y es glorificado. —La mujer estaba dispuesta a dejar la cuestión sin decidir hasta la venida del Mesías, pero Cristo le dijo: Yo soy, el que habla contigo. Ella era una samaritana extranjera y hostil; el sólo hablar con ella era considerado como desprestigio para nuestro Señor Jesús. Sin embargo, nuestro Señor se reveló a esta mujer con más plenitud de lo que había hecho con cualquiera de sus discípulos. Ningún pecado *pasado* puede impedir que seamos aceptados por Él, si nos humillamos ante Él, creyendo en Él como el Cristo, el Salvador del mundo.

Vv. 27—42. Los discípulos se asombraron de que Cristo conversara con una samaritana, aunque sabían que era por una buena razón y para un propósito bueno. Así, pues, cuando aparecen dificultades en detalles en la palabra y en la providencia de Dios, es bueno que nos satisfagamos con que todo lo que Jesucristo dice y hace está bien. —Dos cosas afectaron a la mujer. La magnitud de su conocimiento. Cristo conoce todos los pensamientos, palabras y acciones de todos los hijos de los hombres. El poder de su palabra. Le habló con poder de sus pecados secretos. Ella se aferró de esa parte del discurso de Cristo, muchos pensarían que ella se podía mostrar reacia a repetir, pero el conocimiento de Cristo, al cual somos guiados por la convicción de pecado, es muy probable que sea sano y salvador. —Ellos fueron a Él: los que deseen conocer a Cristo deben hallarlo donde Él registre su nombre. Nuestro Maestro nos ha dejado un ejemplo para que aprendamos a hacer la voluntad de Dios como Él la hizo; con diligencia como los que hacen su actividad de ella; con deleite y placer en ella. Cristo compara su obra con la siega. La siega está determinada y se cuida antes que llegue; así fue el evangelio. El tiempo de cosechar es tiempo de mucho trabajo; entonces, todos deben estar en las labores. El tiempo de la siega es corto y la obra de la cosecha debe hacerse

entonces, o no se hará; así, pues, el tiempo del evangelio es una temporada que no puede recuperarse si se pasó. A veces Dios usa instrumentos muy débiles e improbables para empezar y seguir la buena obra. Nuestro Salvador difunde conocimiento en todo un pueblo enseñándole a una pobre mujer. Benditos son los que no se ofenden con Cristo. Desean verdaderamente aprender más aquellos a quienes Dios enseña. Mucho agrega a la alabanza de nuestro amor por Cristo y su palabra si vence prejuicios. —La fe de ellos creció. En cuanto a esto: ellos creyeron que Él era el Salvador no sólo de los judíos, sino del mundo. Con esa certeza sabemos que el Cristo es verdaderamente Aquel, y sobre esa base, porque nosotros mismos le hemos oído.

Vv. 43—54. El padre era un oficial del rey, pero el hijo estaba enfermo. Los honores y los títulos no son garantía contra la enfermedad y la muerte. Los hombres más grandes deben ir a Dios, deben volverse mendigos. El noble no se detuvo en su petición hasta que prevaleció, pero primeramente, descubrió la debilidad de su fe en el poder de Cristo. Cuesta convencernos de que la distancia de tiempo y lugar no obstaculizan el conocimiento, la misericordia ni el poder de nuestro Señor Jesús. —Cristo dio una respuesta de paz. Si Cristo dice que el alma viva, vivirá. El padre siguió su camino lo que demostró la sinceridad de su fe. Satisfecho, no se apresuró a volver a casa esa noche; regresó como quien está en paz con su conciencia. Sus sirvientes le salieron al encuentro con la noticia de la recuperación de su hijo. La buena nueva saldrá al encuentro de los que esperan en la palabra de Dios. Confirma nuestra fe que comparemos diligentemente las obras de Jesús con su palabra. Y llevar la curación a la familia le trajo la salvación. Así, pues, experimentar el poder de una palabra de Cristo puede establecer la autoridad de Cristo en el alma. Toda la familia creyó igualmente. El milagro hizo que quisieran a Jesús para ellos. El conocimiento de Cristo aún se difunde por las familias, y los hombres hallan salud y salvación para sus almas.

CAPÍTULO V

Versículos 1—9. *La curación en el estanque de Betesda.* 10—16. *El descontento de los judíos.* 17—23. *Cristo reprueba a los judíos.* 24—27. *El sermón de Cristo.*

Vv. 1—9. Por naturaleza todos somos impotentes en materias espirituales, ciegos, cojos y marchitos; pero la provisión plena para nuestra curación está hecha, si atendemos a ella. Un ángel bajaba y revolvía el agua, que curaba cualquier enfermedad, pero se beneficiaba sólo aquel que era el primero en entrar al agua. Esto nos enseña a ser cuidadosos para que no dejemos escapar una ocasión que no puede regresar. —El hombre había perdido el uso de sus extremidades hacía treinta y ocho años. ¿Nos quejaremos de una noche fatigosa, nosotros que, tal vez por muchos años, apenas hemos sabido lo que es estar enfermo por un día, cuando muchos otros, mejores que nosotros, apenas han sabido qué es estar bien un día? —Cristo apartó a éste de los demás. Los que llevan mucho tiempo afligidos, pueden consolarse con que Dios lleva la cuenta del tiempo transcurrido. Nótese que este hombre habla de la falta de amabilidad de los que lo rodean, sin reflejar enojo. Así como debemos ser agradecidos, también debemos ser pacientes. Nuestro Señor Jesús lo sana, aunque él no lo pidió ni lo pensó. Levántate y anda. La orden de Dios: Vuelve y vive; Hazte un nuevo corazón, no presupone en nosotros más poder sin la gracia de Dios, su gracia que distingue, de lo que esta orden supuso poder en el hombre incapacitado: fue por el poder de Cristo y Él debe tener toda la gloria. ¡Qué sorpresa gozosa para el pobre inválido hallarse repentinamente tan bien, tan fuerte, tan capaz de ayudarse a sí mismo! La prueba de la sanidad espiritual es que nos levantamos y caminamos. Si Cristo ha sanado nuestras dolencias espirituales, vamos donde nos mande y llevemos lo que Él nos imponga, y andemos delante de Él.

Vv. 10—16. Los aliviados del castigo del pecado corren el peligro de volver a pecar cuando se terminan el terror y la restricción, a menos que la gracia divina seque la fuente de su pecado. La miseria desde la cual son hechos íntegros los creyentes, nos advierte que no pequemos más,

habiendo sentido el aguijón del pecado. Esta es la voz de cada providencia: Vete y no peques más. Cristo vio que era necesario dar esta advertencia, porque es frecuente que la gente prometa *mucho* cuando está enferma; y cuando están recién sanados, cumplen sólo *algo*, pero después de un tiempo, olvidan *todo*. Cristo habla de la ira venidera, la cual supera la comparación con las muchas horas, sí, con las semanas y años de dolor que tienen que sufrir algunos hombres impíos, como consecuencia de sus indulgencias ilícitas, y si tales aflicciones son severas, ¡cuán temible será el castigo eterno del impío!

Vv. 17—23. El poder divino del milagro demuestra que Jesús es el Hijo de Dios, y Él declara que obra con su Padre, y como para Él, según le parece bien. Los antiguos enemigos de Cristo le entendieron y se pusieron aún más violentos, acusándolo no sólo de quebrantar el día de reposo, sino de blasfemar al llamar Padre a Dios, e igualarse con Dios. Sin embargo, todas las cosas estaban encomendadas al Hijo, ahora y en el juicio final, intencionalmente para que todos los hombres honren al Hijo, como honran al Padre; y todo aquel que no honre *de este modo* al Hijo, piense o pretenda lo que sea, no honra al Padre que lo envió.

Vv. 24—29. Nuestro Señor declara su autoridad y carácter como Mesías. Iba a llegar el tiempo en que los muertos oírían su voz como Hijo de Dios y vivirían. Nuestro Señor se refiere a que, por el poder de su Espíritu, primero levanta a una vida nueva a los que estaban muertos en pecado y, luego, levanta a los muertos desde sus sepulcros. El oficio de Juez de todos los hombres puede ser ejercido sólo por Quien tenga todo el conocimiento y el poder omnipotente. Creamos nosotros su testimonio: así, nuestra fe y esperanza serán en Dios y no entraremos en condenación. Que su voz llegue a los corazones de los que están muertos en pecado, para que puedan hacer las obras del arrepentimiento, y prepararse para el día solemne.

Vv. 30—38. Nuestro Señor regresa a su declaración del completo acuerdo entre el Padre y el Hijo, y se declara Hijo de Dios. Tenía un testimonio superior al de Juan; sus obras daban testimonio de todo lo que decía. Pero la palabra divina no tenía lugar permanente en sus corazones, porque ellos se negaban a creer en Él, a quien el Padre había enviado, según sus antiguas promesas. La voz de Dios, acompañada por el poder del Espíritu Santo, hecha eficaz para la conversión de los pecadores, aún proclama que éste es el Hijo amado en quien se complace el Padre. Pero no hay lugar para que la palabra de Dios permanezca en ellos cuando los corazones de los hombres están llenos de orgullo, ambición y amor al mundo.

Vv. 39—44. Los judíos consideraban que la vida eterna les era revelada en sus Escrituras, y que la tenían porque tenían la palabra de Dios en sus manos. Jesús les insta a escudriñar esas Escrituras con más diligencia y atención. “Escudriñáis las Escrituras” y hacéis bien en hacerlo. Indudablemente escudriñaban las Escrituras, pero con un enfoque en su propia gloria. Es posible que los hombres sean muy estudiosos de la letra de las Escrituras, pero estén ajenos a su poder. O “Escudriñad las Escrituras” y así se *les* habló de la naturaleza de la *aplicación*. Vosotros profesáis recibir y creer las Escrituras, dejad que os juzguen, lo que se *nos* dice precaviendo o mandando a todos los cristianos a escudriñar las Escrituras. No sólo leerlas y oírlas sino escudriñarlas, lo cual denota diligencia para examinarlas y estudiarlas. —Debemos escudriñar las Escrituras en busca del cielo como nuestro gran objetivo: Porque en ellas os parece que tenéis vida eterna. Debemos escudriñar las Escrituras en busca de Cristo, como el Camino nuevo y vivo, que conduce a este objetivo. Cristo agrega a este testimonio las reprensiones a la incredulidad e iniquidad de ellos; el rechazo de su persona y su doctrina. Además, les reprueba su falta de amor a Dios. Pero con Jesucristo hay vida para las pobres almas. Muchos que hacen una gran profesión de religión muestran, no obstante, que les falta el amor de Dios por su rechazo de Cristo y el desprecio a sus mandamientos. El amor de Dios en nosotros, el amor que es principio vivo y activo en el corazón, es lo que Dios aceptará. Ellos desdeñaron y valoraron en poco a Cristo *porque* se admiraban y se supervaloraban a sí mismos. ¡Cómo pueden creer los que hacen su ídolo del elogio y aplauso de los hombres! Cuando Cristo y sus seguidores son hombres admirados, ¡cómo pueden creer aquellos cuya suprema ambición es dar un buen espectáculo carnal!

Vv. 45—47. Muchos de los que confían en alguna forma de doctrina o partido, no penetran más que los judíos en las de Moisés, el verdadero significado de las doctrinas, o de los puntos de vista de las personas cuyos nombres llevan. Escudriñemos las Escrituras y oremos sobre ellas, como intento de hallar vida eterna; observemos cómo Cristo es el gran tema de ellas y acudamos diariamente a Él en busca de la vida que otorga.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—14. *Cinco mil alimentados milagrosamente.* 15—21. *Jesús camina sobre el mar.* 22—27. *Indica la comida espiritual.* 28—65. *Su sermón a la multitud.* 66—71. *Muchos de los discípulos se regresan.*

Vv. 1—14. Juan narra el milagro de alimentar a la multitud para referirse al sermón que sigue. Obsérvese el efecto de este milagro sobre la gente. Hasta los judíos comunes esperaban que el Mesías viniera al mundo y fuese un gran Profeta. Los fariseos los despreciaban por no conocer la ley, pero ellos sabían más de Aquél que es el fin de la ley. Sin embargo, los hombres pueden admitir que Cristo es ese Profeta y aún hacer oídos sordos.

Vv. 15—21. Aquí estaban los discípulos de Cristo en el camino del deber, y Cristo ora por ellos; no obstante, están afligidos. Puede haber peligros y aflicciones de este tiempo presente donde hay interés en Cristo. Las nubes y las tinieblas suelen rodear a los hijos de la luz y del día. —Ven a Jesús caminando sobre el mar. Aun cuando se acercan el consuelo y la liberación suelen entenderlo tan mal que se convierten en ocasión para temer. Nada es más fuerte para convencer a pecadores que la palabra: “Yo soy Jesús, al que persigues”; nada más fuerte para consolar a los santos que esto: “Yo soy Jesús al que amas”. Si hemos recibido a Cristo Jesús, el Señor, aunque la noche sea oscura y el viento fuerte, aún así, podemos consolarnos que estaremos en la orilla antes que pase mucho tiempo.

Vv. 22—27. En vez de responder a la pregunta de cómo llegó allí, Jesús los reprende por preguntar. La mayor seriedad debiera emplearse para buscar la salvación en el uso de los medios señalados, pero debe buscarse solamente como don del Hijo del hombre. Al que el Padre ha sellado, le prueba que es Dios. Él declara que el Hijo del hombre es el Hijo del Dios con poder.

Vv. 28—35. El ejercicio constante de la fe en Cristo es la parte más importante y difícil de la obediencia exigida de nosotros, en cuanto a pecadores que buscan salvación. Cuando somos capacitados por su gracia para llevar una vida de fe en el Hijo de Dios, siguen los temperamentos santos y pueden hacerse servicios aceptables. —Dios, su propio Padre, que dio ese alimento del cielo a sus antepasados para sustentar su vida natural, ahora les dio el Pan *verdadero* para la salvación de sus almas. —Ir a Jesús y creer en Él significa lo mismo. Cristo muestra que Él es el Pan verdadero; es para el alma lo que el pan es para el cuerpo, nutre y sustenta la vida espiritual. Es el Pan de Dios. El pan que da el Padre, es el que ha hecho para alimento de nuestras almas. El pan nutre sólo por los poderes del cuerpo vivo, pero Cristo mismo es el Pan vivo y nutre por su propio poder. La doctrina de Cristo crucificado es ahora tan fortalecedora y consoladora para el creyente como siempre lo ha sido. —Él es el Pan que vino del cielo. Denota la divinidad de la persona de Cristo y su autoridad; además, el origen divino de todo lo bueno que nos viene por medio de Él. Digamos, con inteligencia y fervor, Señor, danos siempre este Pan.

Vv. 36—46. El descubrimiento de la culpa, peligro y remedio para ellos, por medio de la enseñanza del Espíritu Santo, hace que los hombres se dispongan y alegren de ir, y rindan todo lo que impide ir a Él en busca de salvación. La voluntad del Padre es que ninguno de los que fueron dados al Hijo, sea rechazado o perdido por Él. Nadie irá hasta que la gracia divina lo subyugue y, en parte, cambie su corazón; por tanto, nadie que acuda será echado fuera. El evangelio no halla a

nadie dispuesto a ser salvado en la forma santa y humillante que aquí se da a conocer, pero Dios atrae con su palabra y el Espíritu Santo; y el deber del hombre es oír y aprender; es decir, recibir la gracia ofrecida y asentir a la promesa. —Nadie ha visto al Padre sino su amado Hijo; y los judíos deben esperar ser enseñados por su poder interior ejercido sobre su mente, y por su palabra y los ministros que les mande.

Vv. 47—51. La ventaja del maná era poca, sólo servía para esta vida; pero el Pan de vida es tan excelente que el hombre que se alimenta de él, nunca morirá. Este pan es la naturaleza humana de Cristo que tomó para presentar al Padre como sacrificio por los pecados del mundo; para adquirir todas las cosas correspondientes a la vida y la piedad, para que se arrepientan y crean en Él los pecadores de toda nación.

Vv. 52—59. La carne y la sangre del Hijo del hombre denotan al Redentor en su naturaleza humana; Cristo, y Él crucificado, y la redención obrada por Él, con todos los beneficios preciosos de la redención: el perdón de pecado, la aceptación de Dios, el camino al trono de la gracia, las promesas del pacto, y la vida eterna. Se les llama carne y sangre de Cristo, porque fueron comprados debido a que su cuerpo fue partido y su sangre, derramada. Además, porque son comida y bebida para nuestra alma. Comer esta carne y beber esta sangre significa creer en Cristo. Participamos de Cristo y sus beneficios por fe. El alma que conoce correctamente su estado y su necesidad, encuentra en el Redentor, en Dios manifestado en carne, todas las cosas que pueden calmar la conciencia y fomentar la santidad verdadera. Meditar en la cruz de Cristo da vida a nuestro arrepentimiento, amor y gratitud. Vivimos por Él así como nuestros cuerpos viven por la comida. Vivimos por Él como las extremidades dependen de la cabeza, las ramas de la raíz: porque Él vive nosotros también viviremos.

Vv. 60—65. La naturaleza humana de Cristo no había estado antes en el cielo, pero, siendo Dios y hombre, se dice verazmente que esa maravillosa Persona descendió del cielo. El reino del Mesías no era de este mundo; ellos tenían que entender por fe lo que dijo de un vivir espiritual en Él y en su plenitud. Como sin el alma del hombre la carne no vale, así mismo sin el Espíritu de Dios que vivifica, todas las formas de religión son muertas y nulas. El que hizo esta provisión para nuestras almas es el único que puede enseñarnos estas cosas y atraernos a Cristo para que vivamos por fe en Él. Acudamos a Cristo, agradecidos que se haya declarado que todo aquel que quiera ir a Él será recibido.

Vv. 66—71. Cuando admitimos en nuestra mente duros pensamientos acerca de las palabras y obras de Jesús, entramos en la tentación de modo que, si el Señor no lo evitara en su misericordia, terminaríamos retrocediendo. El corazón corrupto y malo del hombre hace que lo que es materia del mayor consuelo sea una ocasión de ofensa. Nuestro Señor había prometido vida eterna a Sus seguidores en el sermón anterior; los discípulos se adhirieron a esa palabra sencilla y resolvieron aferrarse a Él, cuando los demás se adhirieron a las palabras duras y lo abandonaron. —La doctrina de Cristo es la palabra de vida eterna, por tanto, debemos vivir y morir por ella. Si abandonamos a Cristo, abandonamos nuestras propias misericordias. —Ellos creyeron que este Jesús era el Mesías prometido a sus padres, el Hijo del Dios vivo. Cuando estamos tentados a descarriarnos, bueno es que recordemos los principios antiguos y nos mantengamos en ellos. Recordemos siempre la pregunta de nuestro Señor: ¿Nos alejaremos y abandonaremos a nuestro Redentor? ¿A quién podemos acudir? Él solo puede dar salvación por el perdón de pecados. Esto solo da confianza, consuelo y gozo y hace que el temor y el abatimiento huyan. Gana la única dicha firme en este mundo y abre el camino a la dicha del próximo.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—13. *Cristo va a la fiesta de los tabernáculos.* 14—39. *Su sermón en la fiesta.* 40—53.

El pueblo discute acerca de Cristo.

Vv. 1—13. Los hermanos o parientes de Jesús se disgustaron cuando se dieron cuenta que no tenían posibilidades de lograr ventajas mundanales con Él. Los hombres impíos se ponen, a veces, a aconsejar a los ocupados en la obra de Dios, pero sólo aconsejan lo que parezca probable para fomentar ventajas en este mundo. —La gente discrepó acerca de su doctrina y de sus milagros, mientras los que le favorecían no se atrevieron a reconocer abiertamente sus sentimientos. Los que consideran que los predicadores del evangelio son estafadores, dicen lo que piensan, mientras muchos que los favorecen, temen que les reprochen por reconocer que los consideran buenos.

Vv. 14—24. Todo ministro fiel puede adoptar humildemente las palabras de Cristo. Su doctrina no es de su propia invención, pero es de la palabra de Dios por medio de la enseñanza de su Espíritu. Y en medio de las disputas que perturban al mundo, si un hombre de cualquier nación procura hacer la voluntad de Dios, sabrá si la doctrina es de Dios o si los hombres hablan de sí mismos. Sólo los que odian la verdad serán entregados a errores que les serán fatales. — Ciertamente restaurar la salud al afligido concuerda con el propósito del día de reposo, al igual que administrar un ritual externo. Jesús les dijo que decidieran sobre su conducta según la importancia espiritual de la ley divina. No debemos juzgar a nadie por su aspecto externo, sino por su valor y por los dones y la gracia del Espíritu de Dios en él.

Vv. 25—30. Cristo proclamó en voz alta que estaban equivocados en lo que pensaban sobre su origen. Fue enviado por Dios, quien se demostró fiel a sus promesas. Esta declaración, de que ellos no conocían a Dios, con su pretensión de tener un conocimiento peculiar, provocó a los oyentes; y procuraron detenerlo, pero Dios puede atar las manos de los hombres aunque no convierta sus corazones.

Vv. 31—36. Los sermones de Jesús convencieron a muchos de que Él era el Mesías, pero no tenían el valor de reconocerlo. Consuelo para los que están *en* este mundo, pero que no son *de* este mundo, y por tanto, son odiados y están cansados de él, es que no estarán para siempre en el mundo, ni por mucho tiempo más. Bueno es que nuestros días sean pocos por ser malos. Los días de vida y de gracia no duran mucho; y cuando los pecadores estén en desgracia, se alegrarán de la ayuda que ahora desprecian. Los hombres discuten sobre sus palabras, pero cuando se produzca todo se explicará.

Vv. 37—39. En el último día de la fiesta de los tabernáculos los judíos sacaban agua y la derramaban ante el Señor. Se supone que Cristo alude a eso. Si cualquiera desea ser feliz verdaderamente para siempre, que venga a Cristo y sométase a Él. La sed significa el fuerte deseo de bendiciones espirituales, que ninguna otra cosa puede satisfacer; así, pues, las influencias santificadoras y consoladoras del Espíritu Santo están representadas por las aguas, a las cuales Jesús invita que vayan y beban. El consuelo fluye abundante y constante como un río; fuerte como un torrente para derribar la oposición de las dudas y los temores. Hay en Cristo una plenitud de gracia sobre gracia. El Espíritu que habita y obra en los creyentes es como fuente de agua viva, corriente de la cual fluyen arroyos abundantes, que refrescan y limpian como el agua. No esperemos los dones milagrosos del Espíritu Santo, pero podemos solicitar sus influencias más corrientes y más valiosas. Estos arroyos han fluido desde nuestro Redentor glorificado hasta esta fecha, y hasta los rincones más remotos de la tierra. Deseemos darlos a conocer al prójimo.

Vv. 40—53. La maldad de los enemigos de Cristo siempre es irracional y, a veces, no se puede contar con que sea refrenada. Nunca un hombre habló con su sabiduría, poder, y gracia, esa claridad convincente y dulzura, con que hablaba Cristo. ¡Ay, muchos de los que estuvieron por un tiempo refrenados y que hablaron bien de la palabra de Jesús, perdieron rápidamente sus convicciones y siguieron en sus pecados! La gente es neciamente motivada en materias de peso eterno por motivos externos, estando dispuestos hasta ser condenados por amor a la moda. Como la sabiduría de Dios escoge frecuentemente cosas que los hombres desprecian, así la necedad de los hombres desprecia corrientemente a quienes Dios ha elegido. El Señor saca adelante a sus discípulos tímidos y débiles,

y a veces los usa para derrotar los designios de sus enemigos.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—11. *Los fariseos y la adúltera.* 12—59. *La conversación de Cristo con los fariseos.*

Vv. 1—11. Cristo no halló defecto en la ley ni excusó la culpa de la mujer prisionera; tampoco tomó en cuenta el pretendido celo de los fariseos. Se condenan a sí mismos los que juzgan a los demás y, sin embargo, hacen lo mismo. Todos los que de alguna manera son llamados a culpar las faltas del prójimo, están especialmente preocupados de mirarse a sí mismos y mantenerse puros. En este asunto Cristo asistió a la gran obra por la cual vino al mundo, la cual era, llevar pecadores al arrepentimiento, no para destruir, sino para salvar. Él apuntaba a llevar al arrepentimiento no sólo al acusado demostrándole su misericordia, sino también a los acusadores demostrándoles sus pecados; ellos pensaron tenderle una trampa; Él procuró convencerlos y convertirlos. —Él rehusó inmiscuirse en el oficio de juez. Muchos delitos merecen un castigo más severo que el recibido, pero no debemos dejar nuestra propia obra para asumir aquella a la cual no hemos sido llamados. Cuando Cristo la mandó irse, fue con esta precaución: Vete y no peques más. Los que ayudan a salvar la vida de un delincuente deben ayudar a salvar el alma con el mismo cuidado. —Son verdaderamente felices aquellos a quienes Cristo no condena. El favor de Cristo para nosotros al perdonar los pecados pasados debe prevalecer en nosotros: Vete, y no peques más.

Vv. 12—16. Cristo es la Luz del mundo. Dios es luz, y Cristo es la imagen del Dios invisible. Un sol ilumina a todo el mundo; así lo hace un solo Cristo y no se necesita más. ¡Qué mazmorra oscura sería el mundo sin el sol! Así sería sin Jesús por el cual vino la luz al mundo. —Quienes siguen a Cristo no andarán en tinieblas. No serán dejados sin las verdades necesarias para impedir el error destructor, y sin las instrucciones en el camino del deber, necesarias para guardarlos del pecado condenador.

Vv. 17—20. Si conociéramos mejor a Cristo conoceríamos mejor al Padre. Se vuelven vanos en sus imaginaciones acerca de Dios los que no aprenden de Cristo. Los que no conocen su gloria ni su gracia, no conocen al Padre que le envió. El tiempo de nuestra partida de este mundo depende de Dios. Nuestros enemigos no pueden apresurarlo más, ni nuestros amigos, demorarlo respecto del tiempo designado por el Padre. Todo creyente verdadero puede mirar arriba y decir con placer: Mis tiempos están en tu mano, y mejor en ellas que en las mías. Para todos los propósitos de Dios hay un tiempo.

Vv. 21—29. Los que viven en incredulidad están acabados para siempre si mueren en la incredulidad. Los judíos pertenecían a este mundo malo actual, pero Jesús era de naturaleza divina y celestial, de modo que su doctrina, su reino y sus bendiciones no se adaptarían al gusto de ellos. Pero la maldición de la ley es quitada para todos los que se someten a la gracia del evangelio. Nada, sino la doctrina de la gracia de Cristo, será un argumento suficientemente poderoso para hacernos volver del pecado a Dios; y ese Espíritu es dado, y esa doctrina está dada, para obrar sólo en quienes creen en Cristo. Algunos dicen: ¿Quién es este Jesús? Ellos le reconocen como un profeta, maestro excelente, y aun como algo más que una criatura, pero no pueden reconocerle, por sobre todo, como Dios bendito por los siglos. ¿No bastará eso? Aquí responde Jesús la pregunta: ¿Es esto para honrarle como Padre? ¿Reconoce que Jesús es la Luz del mundo y la Vida de los hombres, uno con el Padre? Todos sabrán por su conversión o en su condenación que Él siempre habló e hizo lo que agradaba al Padre, aun cuando reclamaba para sí los honores más excelsos.

Vv. 30—36. Un poder tal acompañaba las palabras de nuestro Señor que muchos se convencieron y profesaron creer en Él. Él los estimuló para que escucharan sus enseñanzas, a confiar en sus promesas, y obedecer sus mandamientos a pesar de todas las tentaciones al mal. Iban

a ser verdaderamente sus discípulos haciendo eso, y aprenderían por la enseñanza de su palabra y su Espíritu, donde están la esperanza y la fuerza de ellos. —Cristo habló de libertad espiritual, pero los corazones carnales no sienten otros pesares aparte de los que molestan al cuerpo y perturban sus asuntos mundanos. Si se les habla de su libertad y propiedad, del despilfarro perpetrado en sus tierras o del daño infligido a sus casas, entenderán muy bien, pero si se les habla de la esclavitud del pecado, de la cautividad con Satanás y de la libertad por Cristo, del mal hecho a sus preciosas almas, y el riesgo de su bienestar eterno, entonces usted lleva cosas raras a sus oídos. Jesús les recordó claramente que el hombre que practica cualquier pecado es, efectivamente, un esclavo de pecado, como era el caso de la mayoría de ellos. Cristo nos ofrece libertad en el evangelio; tiene poder para darla, y aquellos a quienes Cristo hace libres, realmente lo son. Sin embargo, a menudo vemos a las personas que debaten sobre libertades de toda clase mientras son esclavos de alguna lujuria pecaminosa.

Vv. 37—40. Nuestro Señor resiste el orgullo y la vana confianza de estos judíos, mostrándoles que su descendencia desde Abraham no aprovecha a los de espíritu contrario a Él. Donde la palabra de Dios no tiene lugar, no debe esperarse nada bueno; ahí se da lugar a toda iniquidad. —Un enfermo que regresa de ver al médico y no toma ningún remedio ni come, ha perdido la esperanza de recuperarse. La verdad sana y nutre los corazones de quienes la reciben. La verdad enseñada por los filósofos no tiene este poder ni este efecto, sino sólo la verdad de Dios. Quienes reclaman los privilegios de Abraham, deben hacer las obras de Abraham; deben ser extranjeros y peregrinos en este mundo; mantener la adoración de Dios en su familia y andar siempre delante de Dios.

Vv. 41—47. Satanás dispone a los hombres a excesos por los cuales se asesinan a sí mismos y al prójimo, mientras lo que pone en la mente tiende a destruir las almas de los hombres. Él es el gran promotor de toda clase de falsedad. Es mentiroso, todas sus tentaciones las efectúa llamando bueno a lo malo y malo a lo bueno, y prometiendo libertad en el pecar. Él es el autor de todas las mentiras; a él se parecen y evocan los mentirosos, con quienes tendrá su porción para siempre, como todos los mentirosos. Las lujurias especiales del diablo son la maldad espiritual, las lujurias de la mente, y los razonamientos corruptos, la soberbia y la envidia, la ira y la malicia, la enemistad para con lo bueno, y estimular al prójimo al mal. Aquí la verdad es la voluntad revelada de Dios para salvación de los hombres por Jesucristo, la verdad que ahora estaba predicando Cristo y a la cual se opusieron los judíos.

Vv. 48—53. Obsérvese el desprecio de Cristo por los aplausos de los hombres. Los que están muertos para los elogios de los hombres pueden tolerar el desprecio de ellos. Dios procura el honor de todos los que no buscan lo suyo propio. —En estos versículos tenemos la doctrina de la dicha eterna de los creyentes. Tenemos el *carácter* del creyente; éste es el que guarda las palabras del Señor Jesús. El *privilegio* del creyente es que no verá para siempre la muerte de ninguna manera. Aunque ahora no pueden evitar ver la muerte y, también saborearla, sin embargo, dentro de poco tiempo estarán donde para siempre no habrá más muerte, Exodo xiv, 13.

Vv. 54—59. Cristo y todos los suyos, dependen de Dios en cuanto al honor. Los hombres pueden ser capaces de debatir sobre Dios aunque no le conozcan. Se pone juntos a los que no conocen a Dios con los que no obedecen el evangelio de Cristo, 2 Tesalonisenses i, 8. Todos los que conocen rectamente algo de Cristo desean fervorosamente saber más de Él. Los que discernen el alborear de la luz del Sol de Justicia, desean ver su levante. —“YO SOY antes que Abraham”. Esto habla de Abraham como una criatura y de nuestro Señor como el Creador; por tanto, bien puede Él engrandecerse más que Abraham. YO SOY es el nombre de Dios, Exodo iii, 14; habla de su existencia de Sí mismo y por sí mismo; Él es el Primero y el Último, siempre el mismo, Apocalipsis i, 8. Así, pues, no sólo era antes que Abraham, sino antes que todos los mundos, Proverbios viii, 23; capítulo i, 1. Como Mediador fue el Mesías ungido mucho antes de Abraham; el Cordero inmolado desde la fundación del mundo, Apocalipsis xiii, 8. El Señor Jesús fue hecho Sabiduría, Justicia, Santificación y Redención de Dios para Adán y Abel, y para todos los que antes de Abraham vivieron y murieron por fe en Él. —Los judíos estaban por lapidar a Jesús por blasfemar, pero Él se retiró; por su poder milagroso pasó ileso a través de ellos. Profesemos constantemente lo que

sabemos y creemos acerca de Dios; y si somos herederos de la fe de Abraham, nos regocijaremos esperando el día en que el Salvador se aparecerá en gloria para confusión de sus enemigos, y para completar la salvación de todos los que creen en Él.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—7. *Cristo da vista a un ciego de nacimiento.* 8—12. *El relato del ciego.* 13—17. *Los fariseos interrogan al hombre que había sido ciego.* 18—23. *Le preguntan de Él.* 24—34. *Lo expulsan.* 35—38. *Las palabras de Cristo al hombre que había sido ciego.* 39—41. *Reprende a los fariseos.*

Vv. 1—7. Cristo curó a muchos que eran ciegos por enfermedad o accidente; aquí sana a uno que nació ciego. Así mostró su poder para socorrer en los casos más desesperados, y la obra de su gracia en las almas de los pecadores, que da vista a los que son ciegos por naturaleza. Este pobre hombre no podía ver a Cristo, pero Cristo lo vio a Él. Y si sabemos o captamos algo de Cristo se debe a que primeramente fuimos conocidos por Él. Cristo habla de calamidades extraordinarias, que no siempre tienen que considerarse como castigos especiales del pecado; a veces, son para la gloria de Dios y para manifestar sus obras. —Nuestra vida es nuestro día en el que nos corresponde hacer el trabajo del día. Debemos estar ocupados y no desperdiciar el tiempo del día; el tiempo de reposo será cuando nuestro día esté terminado, porque no es sino un día. El acercamiento de la muerte debiera estimularnos para aprovechar todas las oportunidades de hacer y recibir el bien. Debemos hacer rápidamente el bien que tengamos oportunidad de hacer. Y aquel que nunca hace una buena obra hasta que no hay nada que objetar contra ella, dejará más de una buena obra sin hacer, Eclesiastés xi, 4. —Cristo magnificó su poder al hacer que un ciego viera, haciendo lo que uno pensaría como más probable para engeguercer a uno que ve. La razón humana no puede juzgar los métodos del Señor que usa medios e instrumentos que los hombres desprecian. Los que serán sanados por Cristo deben ser gobernados por Él. Regresó desde el estanque maravillándose y maravillado; se fue viendo. Esto representa los beneficios de prestar atención a las ordenanzas señaladas por Cristo; las almas llegan débiles y se van fortalecidas; llegan dudando y se van satisfechas; llegan de duelo y se van jubilosas; llegan ciegas y se van viendo.

Vv. 8—12. Se sabe que aquellos cuyos ojos son abiertos y sus corazones limpiados por la gracia, son las mismas personas, pero de carácter completamente diferente, y viven como monumentos de la gloria del Redentor y recomiendan su gracia a todos los que desean la misma preciosa salvación. Bueno es fijarse en el camino y el método de las obras de Dios y se verán más maravillosas. Aplíquese esto espiritualmente. En la obra de gracia obrada en el alma vemos el cambio, pero no vemos la mano que lo efectúa: el camino del Espíritu es como el del viento, del cual uno oye el sonido, pero no puede decir de dónde viene ni adónde va.

Vv. 13—17. Cristo no sólo obró milagros en el día de reposo, pero su modo hizo que se ofendieran los judíos, porque pareció no ceder ante los escribas ni los fariseos. El celo de ellos por los puros ritos consumió los asuntos importantes de la religión; por tanto, Cristo no quiso darles cabida. Además, se permiten las obras de necesidad y de misericordia y el reposo sabático debe guardarse para la obra del día de reposo. ¡Cuántos ojos cegados han sido abiertos predicando el evangelio en el día del Señor! ¡Cuántas almas impotentes son curadas en ese día! Muchos juicios impíos y despiadados vienen de los hombres que agregan sus propias fantasías a los designios de Dios. ¡Qué perfecto en sabiduría y santidad es nuestro Redentor, cuando sus enemigos no pudieron hallar nada en su contra, sino la acusación de violar el día de reposo, tan a menudo refutada! Seamos capaces de silenciar la ignorancia de los hombres necios haciendo el bien.

Vv. 18—23. Los fariseos esperaron vanamente refutar este notable milagro. Esperaban a un

Mesías, pero no toleraban pensar que este Jesús fuera Aquel, porque sus preceptos eran del todo contrarios a las tradiciones de ellos, y porque tenían la expectativa de un Mesías con pompa y esplendor externo. El temor del hombre pondrá lazo, Proverbios xxix, 25, y, a menudo, hace que la gente niegue y desconozca a Cristo, sus verdades y caminos, y actúe contra sus conciencias. El indocto y pobre, que son de corazón simple, extraen prestamente inferencias apropiadas de las pruebas de la luz del evangelio, pero aquellos cuyos deseos son de otro camino, aunque estén siempre aprendiendo, nunca llegan al conocimiento de la verdad.

Vv. 24—34. Como las misericordias de Cristo son de valor supremo para quienes perciben sus necesidades, eran ciegos y ahora ven; así, los afectos más poderosos y duraderos por Cristo surgen de conocerle verdaderamente. —Aunque no podemos decir cuándo, cómo y por cuales pasos se obró el cambio bendito de la obra de gracia en el alma, aun así, podemos tener el consuelo, si por gracia podemos decir: Yo era ciego, pero ahora veo. Yo llevaba una vida mundana sensual pero ahora, gracias a Dios, es lo contrario, Efesios v, 8. Indudablemente prodigiosa es la incredulidad de los que disfrutaban los medios de conocimiento y convicción. Todos los que han sentido el poder y la gracia del Señor Jesús, se maravillan ante la disposición voluntaria de otros que le rechazan. Este les discute con fuerza que no sólo Jesús no era pecador, sino que era de Dios. Que cada uno de nosotros podamos saber por esto si somos o no de Dios: ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos por Dios? ¿Qué hacemos por nuestra alma? ¿Qué hacemos más que otros?

Vv. 35—38. Cristo reconoce a quienes le reconocen a Él, su verdad y sus caminos. Se nota en particular a los que sufren en la causa de Cristo y del testimonio de una buena conciencia. Nuestro Señor Jesús se revela por gracia al hombre. Ahora éste fue hecho sensato; qué misericordia inexpresable fue ser curado de su ceguera, para que pudiera ver al Hijo de Dios. Nadie sino Dios debe ser adorado; así que, al adorar a Jesús, le reconoció como Dios. Le adorarán todos los que creen en Él.

Vv. 39—41. Cristo vino al mundo a dar vista a los espiritualmente ciegos. Además, para que los que ven sean cegados; para que los que tienen un elevado concepto de su propia sabiduría, sean sellados en su ignorancia. La predicación de la cruz era considerada locura por quienes no conocieron a Dios por la sabiduría carnal. Nada fortifica los corazones corruptos de los hombres contra las convicciones de la palabra más que la elevada opinión que los otros tienen de ellos; como si todo lo que los hombres aplauden, debiera ser aceptado por Dios. —Cristo los silenció, pero persiste el pecado del vanidoso y del que confía en sí mismo; ellos rechazan el evangelio de la gracia, por tanto, la culpa de su pecado sigue sin ser perdonada, y el poder de su pecado sigue intacto.

CAPÍTULO X

Versículos 1—5. *La parábola del buen pastor.* 6—9. *Cristo, la Puerta.* 10—18. *Cristo, el Buen Pastor.* 19—21. *La opinión de los judíos sobre Jesús.* 22—30. *Su sermón en la fiesta de la dedicación.* 31—38. *Los judíos intentan lapidar a Jesús.* 39—42. *Salida de Jerusalén.*

Vv. 1—5. He aquí una parábola o símil tomado de las costumbres del Oriente para el manejo de las ovejas. Los hombres, como criaturas que dependen de su Creador, son llamados ovejas de su prado. La Iglesia de Dios en el mundo es como un redil de ovejas, expuesto a los engañadores y los perseguidores. El gran Pastor de las ovejas conoce a todas las suyas, las cuida por su providencia, las guía por su Espíritu y su palabra, y va delante de ellas, como los pastores orientales iban delante de sus ovejas para ponerlas en el camino tras sus pasos. Los ministros deben servir a las ovejas en sus preocupaciones espirituales. El Espíritu de Cristo les pondrá por delante una puerta abierta. Las ovejas de Cristo obedecerán a su Pastor y serán cautelosas y tímidas con los extraños que las

quieran sacar de la fe en Él y llevarlas a las fantasías sobre Él.

Vv. 6—9. Muchos que oyen la palabra de Cristo no la entienden porque no quieren, pero nosotros hallaremos que un pasaje explica a otro al otro, y el Espíritu bendito da a conocer al bendito Jesús. —Cristo es la Puerta, ¿y qué mayor seguridad tiene la Iglesia de Dios que el Señor Jesús esté entre ella y todos sus enemigos? Él es una puerta abierta para pasar y comunicar. He aquí instrucciones claras sobre cómo entrar al redil; debemos entrar por Jesucristo en cuanto es la Puerta. Por fe en Él como el gran Mediador entre Dios y el hombre. Además, tenemos promesas preciosas para los que obedecen esta instrucción. Cristo da todo el cuidado a su Iglesia, y a cada creyente, que un buen pastor da a su rebaño; y Él espera que la Iglesia, y cada creyente, le atienda y se mantenga en su pastura.

Vv. 10—18. Cristo es el Buen Pastor; muchos no eran ladrones, pero fueron negligentes con su deber, y el rebaño fue muy dañado por su descuido. Los malos principios son la raíz de las malas costumbres. —El Señor Jesús sabe a quienes ha escogido y está seguro de ellos; también ellos saben en quien confiaron y están seguros de Él. —Véase aquí la gracia de Cristo: puesto que nadie podría quitarle la vida, Él la entrega, por sí, para nuestra redención. Él se ofrendó para ser el *Salvador*: He aquí, Yo vengo. La necesidad de nuestro caso lo pedía, y Él se ofreció para el *Sacrificio*. Fue el que ofrenda y ofrenda, de modo que la entrega de su vida fue la ofrenda de sí mismo. De eso queda en claro que Él murió en el lugar y como sustituto de los hombres para lograr que ellos fueran librados del castigo del pecado, para obtener el perdón del pecado para ellos; y para que su muerte adquiriera ese perdón. Nuestro Señor no entregó su vida por su doctrina, sino por sus ovejas.

Vv. 19—21. Satanás destruye a muchos quitándoles el interés por la palabra y las ordenanzas. Los hombres no toleran que se rían de ellos por su alimento necesario, pero toleran que se rían de ellos por lo que es mucho más necesario. Si nuestro celo y fervor en la causa de Cristo, especialmente en la bendita obra de llevar sus ovejas a su redil, nos acarrea mala fama, no la escuchemos, pero recordemos que así reprocharon a nuestro Maestro antes que a nosotros.

Vv. 22—30. Todos los que tienen algo que decir a Cristo, pueden encontrarlo en el templo. Cristo nos hará creer; nosotros nos hacemos dudar. Los judíos entendieron su significado, pero no pudieron dar forma a sus palabras como acusación completa en su contra. Él describió la disposición de gracia y el estado de dicha de sus ovejas; ellas oyeron y creyeron su palabra, le siguieron como sus fieles discípulos, y ninguna de ellas perecerá, porque el Hijo y el Padre eran uno. Así, pues, pudo defender a sus ovejas contra todos sus enemigos, lo cual prueba que pretendió tener poder y perfección divinos iguales al Padre.

Vv. 31—38. Las obras de poder y misericordia de Cristo le proclaman ser. Dios bendijo sobre todo por los siglos, para que todos sepan y crean que Él es en el Padre, y el Padre en Él. A quien el Padre envía, santifica. El santo Dios recompensará y, por tanto, empleará sólo a quienes Él haga santos. El Padre era en el Hijo, de modo que por el poder divino, Aquél obró sus milagros; el Hijo era en el Padre, de modo que conocía toda su mente. Nosotros no podemos hallar esto a la perfección buscándolo, pero debemos conocer y creer estas declaraciones de Cristo.

Vv. 39—42. No prosperará ningún arma forjada contra nuestro Señor Jesús. No escapó porque tuviera temor de sufrir, sino porque su hora no había llegado. Aquél que sabía librarse a sí mismo, sabe librar de sus tentaciones a los santos, y hacerles un camino para que escapen. Los perseguidores pueden echar a Cristo y su evangelio de la ciudad o país de ellos pero no pueden echarlos del mundo. Cuando por fe en nuestros corazones conocemos a Cristo, encontramos que es verdad todo lo que la Escritura dice de Él.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—6. *La enfermedad de Lázaro.* 7—10. *Cristo regresa a Judea.* 11—16. *La muerte de Lázaro.* 17—32. *Cristo arriba a Betania.* 33—46. *Resucita a Lázaro.* 47—53. *Los fariseos se confabulan contra Jesús.* 54—57. *Los judíos lo buscan.*

Vv. 1—6. Estar enfermos no es nada nuevo para quienes Cristo ama; las dolencias corporales corrigen la corrupción y prueban las gracias del pueblo de Dios. Él no vino a resguardar a su pueblo de estas aflicciones, sino a salvarlos de sus pecados, y de la ira venidera; sin embargo, nos corresponde apelar a Él por cuenta de nuestros amigos y parientes cuando están enfermos y afligidos. Que esto nos reconcilie con el lado más oscuro de la Providencia, que todo es para la gloria de Dios: así son enfermedad, pérdida, desilusión; y debemos satisfacernos si Dios es glorificado. Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Favorecidas grandemente son las familias en que abundan el amor y la paz, pero son felices hasta lo sumo aquellas a las que Jesús ama, y por las que es amado. Ay, que este raras veces sea el caso de cada persona, aun en familias pequeñas. —Dios tiene intenciones buenas aun cuando parece demorar. Cuando tarda la obra de liberación temporal o espiritual, pública o personal, se debe a que espera el momento oportuno.

Vv. 7—10. Cristo nunca pone en peligro a su pueblo si no va con ellos. Somos dados a pensar que somos celosos por el Señor cuando, en realidad, somos celosos sólo por nuestra riqueza, crédito, comodidad y seguridad; por tanto, necesitamos probar nuestros principios. Nuestro día será prolongado hasta que nuestra obra esté hecha y finalizado nuestro testimonio. El hombre tiene consuelo y satisfacción mientras va en el camino de su deber, según lo estipule la palabra de Dios, y esté determinado por la providencia de Dios. Donde quiera que Cristo fue, anduvo en el día, y así nosotros si seguimos sus pasos. Si un hombre anda en el camino de su corazón, conforme al rumbo de este mundo, si considera más sus razonamientos carnales que la voluntad y la gloria de Dios, cae en tentaciones y trampas. Tropieza porque no hay luz en él, porque la luz *en nosotros* es a nuestras acciones morales como la luz *alrededor de nosotros* es a nuestras acciones naturales.

Vv. 11—16. Puesto que estamos seguros de resucitar al final, ¿por qué la esperanza que cree en la resurrección a la vida eterna, no nos facilita el sacarnos el cuerpo y morir, como si fuera sacarse la ropa e irse a dormir? Cuando muere el cristiano verdadero no hace sino dormir; descansa de las labores del día pasado. Sí, de aquí que la muerte sea mejor que dormir, porque dormir es sólo un descanso breve, pero la muerte es el fin de todas las preocupaciones y esfuerzos terrenales. Los discípulos pensaban que ahora no era necesario que Cristo fuera donde Lázaro y se expusiera Él junto con ellos. Así, a menudo, esperamos que la buena obra que somos llamados a hacer, sea hecha por alguna otra mano si hay riesgos en hacerla. Pero cuando Cristo resucitó a Lázaro de entre los muertos, muchos fueron llevados a creer en Él; y se hizo mucho para perfeccionar la fe de los que creyeron. Vayamos *a Él*; la muerte no puede separarnos del amor de Cristo ni ponernos fuera del alcance de su llamado. —Como Tomás, los cristianos deben animarse unos a otros en tiempos difíciles. La muerte del Señor Jesús debe darnos la disposición de morir cuando Dios nos llame.

Vv. 17—32. Aquí había una casa donde estaba el temor de Dios y sobre la cual reposaba su bendición, pero fue hecha casa de duelo. La gracia evita el duelo en el corazón, pero no el de la casa. —Cuando Dios, por su gracia y providencia, viene a nosotros por caminos de misericordia y consuelo, como Marta, debemos salir por fe, esperanza y oración a encontrarlo. Cuando Marta salió a encontrar a Jesús, María se quedó tranquila en casa; anteriormente este temperamento fue ventajoso para ella, cuando la puso a los pies de Cristo para oír su palabra, pero en el día de la aflicción, el mismo temperamento la dispuso a la melancolía. Sabiduría nuestra es velar contra la tentación y usar las ventajas de nuestro temperamento natural. —Cuando no sabemos qué pedir o esperar en particular, encomendémonos a Dios; dejémosle hacer lo que le plazca. Para aumentar las expectativas de Marta, nuestro Señor declara que es la Resurrección y la Vida. Es la resurrección en todo sentido: fuente, sustancia, primicia, y causa de la resurrección. El alma redimida vive feliz después de la muerte y, después de la resurrección, el cuerpo y el alma son resguardados de todo mal para siempre. —Cuando leamos u oigamos la palabra de Cristo sobre las grandes cosas del otro mundo, debemos preguntarnos ¿creemos esta verdad? Las cruces y los consuelos de esta época no

nos impresionarían tan profundamente como lo hacen, si creyéramos como debemos las cosas de la eternidad. —Cuando Cristo, nuestro Maestro, viene, nos llama. Él viene en su palabra y ordenanza, y nos llama a ellas, nos llama por ellas, y nos llama a sí mismo. Los que, en un día de paz, se ponen a los pies de Cristo para que les enseñe, pueden, con consuelo, echarse a sus pies para hallar su favor en un día de inquietud.

Vv. 33—46. La tierna simpatía de Cristo por estos amigos afligidos se manifestó por la angustia de su Espíritu. Él es afligido en todas las aflicciones de los creyentes. Su preocupación por ellos lo demuestra su bondadosa pregunta por los restos de su amigo fallecido. Él actúa en la forma y a la manera de los hijos de los hombres, al ser hallado a semejanza de hombre. Eso lo demostró por sus lágrimas. Era varón de dolores y experimentado en quebranto. Las lágrimas de compasión se parecen a las de Cristo, pero éste nunca aprobó esa sensibilidad de la cual se enorgullecen tantos de los que lloran por simples relatos de problemas, pero se endurecen ante el ay de verdad. Nos da el ejemplo al apartarse de las escenas de hilaridad frívola, para que consolemos al afligido. No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades. —Es un buen paso para levantar un alma a la vida espiritual, cuando se quita la piedra, cuando se eliminan y superan los prejuicios, dando lugar para que la palabra entre al corazón. Si recibimos la palabra de Cristo, y confiamos en su poder y fidelidad, veremos la gloria de Dios y nos alegraremos al verla. Nuestro Señor Jesús nos enseña, con su ejemplo, a llamar Padre a Dios en la oración y a acercarnos a Él como hijos al padre, con reverencia humilde, pero con santa osadía. Habló directamente a Dios con los ojos alzados y en voz alta, para que ellos se convencieran que el Padre le había enviado al mundo como su Hijo amado. —Él podía resucitar a Lázaro por el ejercicio silencioso de su poder y voluntad, y la obra invisible del Espíritu de vida, pero lo hizo en voz alta. Era un tipo del llamado del evangelio por el cual se sacan las almas muertas de la tumba del pecado: tipo del sonido de la trompeta del arcángel del último día, con que serán despertados todos los que duermen en el polvo, y serán convocados a comparecer ante el gran tribunal. La tumba del pecado y este mundo no son lugar para aquellos que Cristo revivió; ellos deben salir. Lázaro fue revivido completamente y regresó, no sólo a la vida, sino a la salud. El pecador no puede revivir su propia alma, pero tiene que usar los medios de gracia; el creyente no puede santificarse a sí mismo, pero tiene que dejar de lado todo peso y estorbo. No podemos convertir a nuestros parientes y amistades, pero debemos instruirlos, precaverlos e invitarlos.

Vv. 47—53. Difícilmente haya un descubrimiento más claro de la locura del corazón del hombre y de su enemistad enconada contra Dios que lo aquí registrado. Las palabras de la profecía en la boca no son prueba clara de un principio de gracia en el corazón. Por el pecado tomamos el rumbo más eficaz para echarnos encima la calamidad, de la cual procuramos escapar, como hacen quienes creen que fomentan su propio interés mundano oponiéndose al reino de Cristo. Lo que el impío teme le vendrá. La conversión de las almas es la reunión de ellas con Cristo como su rey y refugio; Él murió para efectuar esto. Al morir las compró para sí mismo, y adquirió el don del Espíritu Santo para ellas: Su amor al morir por los creyentes debe unirlos estrechamente.

Vv. 54—57. Debemos renovar nuestro arrepentimiento antes de la pascua del evangelio. Así, por una purificación voluntaria y por ejercicios religiosos, muchos, más devotos que su prójimo, pasan un tiempo en Jerusalén antes de la pascua. Cuando esperamos reunirnos con Dios debemos prepararnos con solemnidad. Ningún artificio del hombre puede alterar los propósitos de Dios, y aunque los hipócritas se diviertan con formas y disputas, y los hombres mundanos procuren sus propios planes, Jesús sigue ordenando todas las cosas para su gloria y para la salvación de su pueblo.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—11. *María unge a Cristo.* 12—19. *Entra a Jerusalén.* 20—26. *Unos griegos quieren ver a Jesús.* 27—33. *Una voz desde el cielo da testimonio de Cristo.* 34—36. *Su sermón para el pueblo.* 37—43. *Incredulidad de los judíos.* 44—50, *El discurso de Cristo para ellos.*

Vv. 1—11. Cristo había reprendido a Marta anteriormente porque se afanaba con mucho servicio, pero ella no dejó de servir, como algunos que, con belicosidad, se van al otro extremo cuando son hallados en falta por exagerar una cosa; ella siguió sirviendo, pero dentro del alcance de las palabras de la gracia de Cristo. —María dio una señal de amor a Cristo, que le había dado verdaderas señales de su amor por ella y su familia. El Ungido de Dios será nuestro Ungido. Como Dios derramó el óleo de alegría sobre Él, por más que a sus compañeros, así nosotros derramemos el unguento de nuestros mejores afectos sobre Él. —El pecado necio es embellecido con un pretexto creíble por Judas. No debemos pensar que los que no hacen el servicio a nuestra manera no lo hacen de manera aceptable. El amor al dinero que reina es robo de corazón. La gracia de Cristo hace comentarios bondadosos de las palabras y acciones piadosos, sacando lo mejor de lo que está mal, y el máximo de lo bueno. Se debe aprovechar las oportunidades; y primero y con mayor vigor las que probablemente sean las más breves. —Confabularse para impedir el efecto ulterior del milagro, matando a Lázaro, es tanta iniquidad, malicia y necedad que no se puede entender, salvo por la enemistad enconada del corazón humano contra Dios. Ellos resolvieron que debía morir el hombre que el Señor había resucitado. El éxito del evangelio suele enojar tanto a los impíos que hablan y actúan como si esperaran triunfar sobre el mismo Todopoderoso.

Vv. 12—19. La entrada triunfal de Cristo en Jerusalén la registran todos los evangelistas. —Los discípulos no entienden muchas cosas excelentes de la palabra y de la providencia de Dios, en la primera instancia de su conocimiento de las cosas de Dios. El entendimiento recto de la naturaleza espiritual del reino de Cristo impide que apliquemos mal las Escrituras que hablan al respecto.

Vv. 20—26. El gran deseo de nuestra alma será ver a Jesús al participar en las santas ordenanzas, en particular de la pascua del evangelio; verlo como nuestro, teniendo comunión con Él y derivando gracia de Él. —El llamado a los gentiles magnificó al Redentor. Una semilla de trigo no produce a menos que sea sepultada. Así Cristo podría haber poseído solo su gloria celestial sin volverse hombre. O, después de haber asumido la naturaleza humana, podría haber entrado solo al cielo, por su justicia perfecta, sin sufrimientos ni muerte, pero entonces, ningún pecador de la raza humana hubiera podido ser salvo. La salvación de nuestras almas hasta ahora y de aquí en adelante hasta el fin del tiempo, se debe a la muerte de esa simiente de trigo. Busquemos si Cristo es en nosotros la esperanza de gloria; roguémosle que nos haga indiferentes a los afanes triviales de esta vida, para que sirvamos al Señor Jesús con mente dispuesta, y para seguir su santo ejemplo.

Vv. 27—33. El pecado de nuestras almas fue la angustia del alma de Cristo cuando emprendió nuestra redención y salvación, haciendo de su alma la ofrenda por el pecado. Cristo estaba dispuesto a sufrir, pero oró pidiendo que se le salvara de sufrir. La oración pidiendo ser librado de la tribulación puede concordar bien con la paciencia que hay tras ellos, y con el sometimiento a la voluntad de Dios en ellos. Nuestro Señor Jesús decidió satisfacer la honra de Dios injuriado, y lo hizo humillándose a sí mismo. La voz del Padre desde el cielo, que lo había declarado su amado Hijo, en su bautismo y en la transfiguración, se oyó proclamando que había glorificado su nombre que lo volvería a glorificar. —Reconciliando el mundo a Dios por el mérito de su muerte, Cristo rompió el poder de la muerte, y echó fuera a Satanás como destructor. Llevando el mundo a Dios por la doctrina de su cruz, Cristo rompió el poder del pecado y echó fuera a Satanás como engañador. El alma que estaba distanciada de Cristo es llevada a amarle y confiar en Él. Ahora Jesús se iba al cielo, y llevaría allá los corazones de los hombres. Hay poder en la muerte de Cristo para atraer las almas a Él. Hemos oído del evangelio lo que enaltece la libre gracia, y también hemos oído lo que llama al deber; debemos aceptar ambos de todo corazón sin separarlos.

Vv. 34—36. La gente sacó nociones falsas de las Escrituras porque pasaron por alto las profecías que hablan de los sufrimientos y la muerte de Cristo. Nuestro Señor les advirtió que la luz

no seguiría con ellos por mucho tiempo más, y les exhortó a caminar en ella antes que la oscuridad los alcanzara. Los que quieren andar en la luz deben creer en ella y seguir las instrucciones de Cristo. Pero los que no tienen fe, no pueden contemplar lo que se presenta en Jesús, levantado en la cruz, y son ajenos a su influencia, como lo da a conocer el Espíritu Santo; hallan miles de objeciones para excusar su incredulidad.

Vv. 37—43. Obsérvese el método de conversión aquí implicado. Los pecadores son llevados a ver la realidad de las cosas divinas y a tener un cierto conocimiento de ellas; para que se conviertan y se vuelvan verdaderamente del pecado a Cristo, como su Dicha y Porción. Dios los sanará, los justificará y santificará; perdonará sus pecados, que son como heridas sangrantes y mortificará sus corrupciones, que son como enfermedades que acechan. —Véase aquí el poder del mundo para amortiguar la convicción de pecado teniendo en cuenta el aplauso o la censura de los hombres. El amor al elogio de los hombres, como subproducto de lo bueno, hará hipócrita al hombre cuando la religión está de moda y por ella se obtiene mérito; el amor al elogio de los hombres, como principio vil de lo malo, hará un apóstata del hombre cuando la religión caiga en desgracia y se pierda el mérito por ella.

Vv. 44—50. Nuestro Señor proclamó públicamente que todo aquel que creyera en Él, como su discípulo verdadero, no creería sólo en Él, sino en el Padre que le envió. Contemplando en Jesús la gloria del Padre, aprendemos a obedecer, amar y confiar en Él. Mirando diariamente a Aquel que vino como Luz al mundo, somos liberados crecientemente de las tinieblas de la ignorancia, del error, del pecado y la miseria; aprendemos que el mandamiento de Dios nuestro Salvador es vida eterna, aunque la misma palabra sellará la condenación de todos los que la desprecian o la rechazan.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—17. *Cristo lava los pies de los discípulos.* 18—30. *Anuncio de la traición de Judas.* 31—38. *Cristo manda a los discípulos que se amen unos a otros.*

Vv. 1—17. Nuestro Señor Jesús tiene un pueblo en el mundo que es suyo; los compró y pagó caro por ellos, y los puso aparte para sí; ellos se rinden a Él como pueblo peculiar. A los que Cristo ama, los ama hasta lo sumo. Nada puede separar del amor de Cristo al creyente verdadero. —No sabemos cuando llegará nuestra hora, por eso, lo que tenemos que hacer como preparativo constante para ella, nunca debe quedar sin hacer. No podemos saber qué camino de acceso a los corazones de los hombres tiene el diablo, pero algunos pecados son tan excesivamente pecaminosos, y es tan poca la tentación a ellos de parte del mundo y la carne, que es evidente que vienen directamente de parte de Satanás. —Jesús lavó los pies de los discípulos para enseñarnos a pensar que nada nos rebaja si podemos fomentar la gloria de Dios y el bien de nuestros hermanos. Debemos dirigirnos al deber y dejar de lado todo lo que impida lo que tenemos que hacer. Cristo lavó los pies de los discípulos para representarles el valor del lavado espiritual, y la limpieza del alma de las contaminaciones del pecado. —Nuestro Señor Jesús hace muchas cosas cuyo significado ni sus discípulos saben en el presente, pero lo sabrán después. Al final vemos qué era lo bueno de los hechos que parecían peores. No es humildad, sino incredulidad rechazar la oferta del evangelio como si fueran demasiado ricos para que sea para nosotros o noticia demasiado buena para ser cierta. —Todos los que son espiritualmente lavados por Cristo tienen parte en Él, y solamente ellos. A todos los que Cristo reconoce y salva, los justifica y santifica. Pedro se somete más de lo requerido; ruega ser lavado por Cristo. ¡Cuán ferviente es por la gracia purificadora del Señor Jesús, y el efecto total de ella, hasta en sus manos y cabeza! Los que desean verdaderamente ser santificados, desean ser santificados por completo, y que sea purificado todo el hombre, en todas sus partes y poderes. El creyente verdadero es así lavado cuando recibe a Cristo para su salvación. Entonces, véase cuál debe ser el afán diario de quienes, por gracia, están en un estado justificado, esto es, lavar sus pies;

limpiar la culpa diaria, y estar alertas contra toda cosa contaminante. Esto debe hacernos sumamente cautos. Desde el perdón de ayer debemos ser fortalecidos contra la tentación de este día. Cuando se descubren hipócritas, no debe ser sorpresa ni causa de tropiezo para nosotros. —Fijaos en la lección que enseña aquí Cristo. Los deberes son mutuos; debemos aceptar ayuda de nuestros hermanos y debemos darles ayuda. Cuando vemos que nuestro Maestro sirve, no podemos sino ver cuán inconveniente es dominar para nosotros. —Y el mismo amor que llevó a Cristo a rescatar y reconciliar a sus discípulos, cuando eran enemigos, aún influye sobre Él.

Vv. 18—30. Nuestro Señor había hablado, a menudo, de sus sufrimientos y muerte, sin esa turbación de espíritu como la que ahora devela cuando habla de Judas. Los pecados de los cristianos son la tristeza de Cristo. —No tenemos que limitar nuestra atención a Judas. La profecía de su traición puede aplicarse a todos los que participan de las misericordias de Dios, y las reciben con ingratitud. Véase al infiel que sólo mira las Escrituras con el deseo de quitarles su autoridad y destruir su influencia; al hipócrita que profesa creer las Escrituras, pero no se gobierna por ellas; y al apóstata que se aleja de Cristo por una nadería. Así, pues, la humanidad, sustentada por la providencia de Dios, luego de comer pan con Él, ¡alza contra Él su calcañar! Judas salió como uno cansado de Jesús y de sus apóstoles. Aquellos cuyas obras son malas aman las tinieblas más que la luz.

Vv. 31—35. Cristo había sido glorificado en muchos milagros que obró, pero habla de ser glorificado, ahora, en sus sufrimientos, como si eso fuera más que todas sus otras glorias en su estado de humillación. Así fue hecha satisfacción por el mal hecho a Dios por el pecado del hombre. No podemos seguir ahora a nuestro Señor a su dicha celestial, pero si creemos verdaderamente en Él, lo seguiremos en el más allá; mientras tanto, debemos esperar su tiempo y hacer su obra. — Antes que Cristo dejara a los discípulos, les daría un nuevo mandamiento. Ellos tenían que amarse unos a otros por amor a Cristo y, conforme a su ejemplo, buscar lo que beneficie al prójimo, y fomente la causa del evangelio, como un solo cuerpo animado por una sola alma. Este mandamiento aún parece *nuevo* para muchos profesantes. En general, los hombres notan cualquiera otra palabra de Cristo antes que estas. Por esto se revela, si los seguidores de Cristo no se demuestran amor unos a otros, dan causa para sospechar de su sinceridad.

Vv. 36—38. Pedro pasó por alto lo que Cristo dijo sobre el amor fraternal, pero habló de aquello sobre lo cual Cristo los mantuvo ignorantes. Común es tener más celo por saber cosas secretas, que corresponden sólo a Dios, que por cosas reveladas que nos corresponden a nosotros y a nuestros hijos; tener más deseo de satisfacer nuestra curiosidad que dirigir nuestra conciencia; saber qué se hace en el cielo más de lo que debemos hacer para llegar allá. ¡Qué pronto se deja de hablar sobre lo que es claro y edificante, mientras se sigue el debate dudoso como lucha interminable de palabras! Somos dados a tomar mal que nos digan que no podemos hacer esto o aquello, aunque sin Cristo nada podemos hacer. Cristo nos conoce mejor que nosotros mismos, y tiene muchas maneras de descubrir a los que ama, y esconder el orgullo para ellos. Dediquémonos a mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, a amarnos fervientemente unos a otros con corazón puro, y a andar humildemente con nuestro Dios.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—11. *Cristo consuela a sus discípulos.* 12—17. *Más consuelo para sus discípulos.* 18—31. *Sigue consolando a sus discípulos.*

Vv. 1—11. Aquí hay tres palabras sobre las cuales puede ponerse todo el énfasis: La palabra *turbe*. No os deprimáis ni os angustiéis. La palabra *corazón*. Que su corazón esté guardado con toda confianza en Dios. La palabra *vuestro*. Por más que el prójimo esté abrumado por las penas de esta

época actual, *vosotros* no estéis así. Los discípulos de Cristo deben mantener su mente en paz, más que el prójimo, cuando todo lo demás está turbado. He aquí el remedio contra este trastorno de la mente, “Creed”. Creyendo en Cristo como Mediador entre Dios y el hombre, recibimos consuelo. Se habla de la dicha del cielo como estar en la casa del padre. Hay muchas mansiones, porque hay muchos hijos para ser llevados a la gloria. Las mansiones son viviendas que duran. Cristo será el Consumador de aquello, de lo cual es el Autor o Iniciador; si tiene preparado el lugar para nosotros, nos preparará para eso. —Cristo es el Camino al Padre que los pecadores tienen en su persona como Dios manifestado en carne, en su sacrificio expiatorio, y como nuestro Abogado. Él es la Verdad, que cumple todas las profecías del Salvador; creyendo eso los pecadores van por Él, el Camino. Él es la Vida, por su Espíritu vivificador reciben vida los muertos en pecado. Nadie que no sea vivificado por Él, la Vida, y enseñado por Él, la Verdad, puede acercarse a Dios como Padre por Él, el Camino. Por Cristo, el Camino, nuestras oraciones van a Dios y sus bendiciones vienen a nosotros; este es el Camino que lleva al reposo, el buen Camino antiguo. Él es la Resurrección y la Vida. Todo el que ve a Cristo por fe, ve al Padre en Él. A la luz de la doctrina de Cristo vieron a Dios como Padre de las luces y, en los milagros de Cristo vieron a Dios como el Dios del poder. La santidad de Dios brilló en la pureza inmaculada de la vida de Cristo. Tenemos que creer la revelación de Dios al hombre en Cristo; porque las obras del Redentor muestran su gloria, y a Dios en Él.

Vv. 12—17. Cualquier cosa que pidamos en el nombre de Cristo, que sea para nuestro bien y adecuada para nuestro estado, nos la dará. Pedir en el nombre de Cristo es invocar sus méritos y su intercesión, y depender de estos argumentos. El don del Espíritu es un fruto de la mediación de Cristo, comprado por su mérito y recibido por su intercesión. La palabra aquí empleada significa abogado, consejero, monitor y consolador. Él permanece con los discípulos hasta el fin del tiempo; sus dones y gracias alientan sus corazones. Las expresiones usadas, aquí y en otros pasajes, denotan una persona, y el oficio mismo incluye todas las perfecciones divinas. —El don del Espíritu Santo es dado a los discípulos de Cristo, y no al mundo. Este es el favor que Dios da a sus elegidos: como fuente de santidad y dicha, el Espíritu Santo permanecerá con cada creyente para siempre.

Vv. 18—24. Cristo promete que seguirá cuidando a sus discípulos. No os dejaré huérfanos o sin padre, porque, aunque os dejo, de todos modos os dejo este consuelo: Vendré a vosotros. Vendré prontamente a vosotros en mi resurrección. Vendré diariamente a vosotros en mi Espíritu; en las señales de su amor y en las visitas de su gracia. Por cierto vendré al fin del tiempo. Sólo los que ven a Cristo con los ojos de la fe, lo verán para siempre: el mundo no lo ve más hasta su segunda venida, pero sus discípulos tienen comunión con Él en su ausencia. Estos misterios serán plenamente conocidos en el cielo. Es un acto ulterior de gracia que ellos lo sepan y tengan este consuelo. —Teniendo los mandamientos de Cristo debemos obedecerlos. Y al tenerlos sobre nuestra cabeza, debemos guardarlos en nuestro corazón y en nuestra vida. La prueba más segura de nuestro amor a Cristo es la obediencia a las leyes de Cristo. Hay señales espirituales de Cristo y su amor dadas a todos los creyentes. Cuando el amor sincero a Cristo está en el corazón, habrá obediencia. El amor será un principio que manda y constriñe; y donde hay amor, el deber se desprende de un principio de gratitud. Dios no sólo amará a los creyentes obedientes, pero se complacerá en amarlos, reposará en amor a ellos. Estará con ellos como en su casa. Estos privilegios están limitados a los que tiene la fe que obra por amor, y cuyo amor a Jesús los lleva a obedecer sus mandamientos. Los tales son partícipes de la gracia del Espíritu Santo que los crea de nuevo.

Vv. 25—27. Si deseamos saber estas cosas para nuestro bien, tenemos que orar por ellas y depender de la enseñanza del Espíritu Santo; así serán traídas a nuestra memoria las palabras de Jesús, y muchas dificultades serán aclaradas, hasta las que no son claras para otros. El Espíritu de gracia es dado a todos los santos para que les haga recordar, y debemos encomendarle, por fe y orando, que mantenga lo que oigamos y sepamos. La paz es dada para todo bien, y Cristo nos ha guiado a todo lo que es real y verdaderamente bueno, a todo lo bueno prometido: la paz mental a partir de nuestra justificación ante Dios. Cristo llama su paz a esto, porque Él mismo es nuestra paz. La paz de Dios difiere ampliamente de la de los fariseos o hipócritas, como se demuestra por sus

efectos santos y humillantes.

Vv. 28—31. Cristo eleva las expectativas de sus discípulos a algo que está más allá de lo que pensaban que era su mayor dicha. Ahora su tiempo era poco, por tanto, les habló largamente. Cuando lleguemos a enfermarnos, y a morirnos, podemos ser incapaces de hablar mucho a quienes nos rodeen: el consejo bueno que tengamos que dar, démoslo mientras estamos sanos. Fíjese en la perspectiva de un conflicto inminente que tenía Cristo, no sólo con los hombres, sino con las potestades de las tinieblas. Satanás tiene algo en nosotros con que nos deja perplejos, porque todos pecamos, pero cuando quiere perturbar a Cristo, nada pecaminoso halla que le sirva. La mejor prueba de nuestro amor al Padre es que hagamos como Él nos manda. Regocijémonos en las victorias del Salvador sobre Satanás, el príncipe de este mundo. Copiemos el ejemplo de su amor y obediencia.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—8. *Cristo la Vid verdadera.* 9—17. *Su amor por sus discípulos.* 18—25. *Anuncio de odio y persecución.* 26, 27. *Promesa del Consolador.*

Vv. 1—8. Jesucristo es la Vid, la Vid verdadera. La unión de la naturaleza divina con la humana, y la plenitud del Espíritu que hay en Él, recuerdan la raíz de la vida que fructifica por la humedad de la buena tierra. Los creyentes son los pámpanos de esta Vid. La raíz no se ve y nuestra vida está escondida con Cristo; la raíz sustenta al árbol, le difunde la savia, y en Cristo están todos los sustentos y provisiones. Los pámpanos de la vid son muchos, pero al unificarse en la raíz no son sino una sola vid; de este modo, todos los cristianos verdaderos, aunque disten entre sí en cuanto a lugar y opinión, se unen en Cristo. Los creyentes, como los pámpanos de la vid, son débiles e incapaces de permanecer, sino como nacieron. —El Padre es el Dueño de la vid. Nunca hubo un dueño tan sabio, tan cuidadoso con su viña como Dios por su Iglesia que, por eso, debe prosperar. Debemos ser fructíferos. Esperamos uvas de una vid, y del cristiano esperamos un temperamento, una disposición y una vida cristiana. Debemos honrar a Dios y hacer el bien, esto es, llevar fruto. Los estériles son cortados. Hasta las ramas fructíferas necesitan poda, porque, en el mejor de los casos, tenemos ideas, pasiones y humores que requieren ser quitados, cosa que Cristo ha prometido hacer por su palabra, Espíritu y providencia. Si se usan medios drásticos para avanzar la santificación de los creyentes, ellos estarán agradecidos por ellos. La palabra de Cristo se da a todos los creyentes; y hay en esa palabra una virtud que limpia al obrar la gracia y deshacer la corrupción. Mientras más fruto demos, más abundaremos en lo que es bueno, y más glorificado será nuestro Señor. —Para fructificar debemos permanecer en Cristo, debemos estar unidos a Él por la fe. El gran interés de todos los discípulos de Cristo es mantener constante la dependencia de Cristo y la comunión con Él. Los cristianos verdaderos hallan, por experiencia, que toda interrupción del ejercicio de su fe hace que mengüen los afectos santos, revivan sus corrupciones y languidezcan sus consolaciones. Los que no permanecen en Cristo, aunque florezcan por un tiempo en la profesión externa, llegan, no obstante, a nada. El fuego es el lugar más adecuado para las ramas marchitas; no son buenas para otra cosa. Procuremos vivir más simplemente de la plenitud de Cristo, y crecer más fructíferos en todo buen decir y hacer, para que sea pleno nuestro gozo en Él y en su salvación.

Vv. 9—17. Aquellos a quienes Dios ama como Padre pueden despreciar el odio de todo el mundo. Como el Padre amó a Cristo que fue digno hasta lo sumo, así amó a sus discípulos, que eran indignos. Todos los que aman al Salvador deben perseverar en su amor por Él, y aprovechar todas las ocasiones para demostrarlo. El gozo del hipócrita dura sólo un momento, pero el gozo de los que permanecen en Cristo es una fiesta continua. Tienen que demostrar su amor por Él obedeciendo sus mandamientos. Si el mismo poder que primero derramó el amor de Cristo en nuestros corazones, no nos mantuviera en ese amor, no permaneceríamos en ese amor por mucho tiempo. —El amor de

Cristo por nosotros debe llevarnos a amarnos mutuamente. Él habla como si estuviera por encargar muchas cosas, pero nombra sólo a esta: abarca muchos deberes.

Vv. 18—25. ¡Qué poco piensan muchas personas que al oponerse a la doctrina de Cristo como Profeta, Sacerdote y Rey, se muestran ignorantes del único Dios vivo y verdadero, al cual profesan adorar! El nombre en el cual son bautizados los discípulos de Cristo es aquel por el cual vivirán y morirán. Consuelo es para los grandes dolientes si sufren por amor al nombre de Cristo. La ignorancia del mundo es la causa verdadera de su odio por los discípulos de Jesús. Mientras más claros y plenos sean los descubrimientos de la gracia y verdad de Cristo, más grande es nuestro pecado si no le amamos ni creemos en Él.

Vv. 26, 27. El Espíritu bendito mantendrá la causa de Cristo en el mundo, a pesar de la resistencia que encuentra. Los creyentes enseñados y exhortados por sus influencias deben dar testimonio de Cristo y su salvación.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—6. *Anuncio de persecución.* 7—15. *La promesa del Espíritu Santo, y su oficio.* 16—22. *Partida y regreso de Cristo.* 23—27. *Exhortación a orar.* 28—33. *Las revelaciones de Cristo sobre sí mismo.*

Vv. 1—6. Nuestro Señor Jesús al dar a sus discípulos la noticia de tribulaciones se propuso que el terror no fuera una sorpresa para ellos. Puede que los enemigos reales, que están al servicio de Dios, finjan celo por éste, lo que no aminora el pecado de los perseguidores; las villanías nunca cambian por adosarles el nombre de Dios. Como Jesús en sus sufrimientos, asimismo sus seguidores en los suyos deben mirar al cumplimiento de la Escritura. No se los dijo antes, porque estaba con ellos para enseñarles, guiarlos y consolarlos; entonces ellos no necesitaban esta promesa de la presencia del Espíritu Santo. —Nos silencia preguntarnos ¿de dónde vienen los problemas? Nos satisfará preguntarnos, ¿adónde van? Porque sabemos que obran para bien. Falta y necedad comunes de los cristianos tristes es mirar sólo el lado oscuro de la nube haciendo oídos sordos a la voz de gozo y júbilo. Lo que llenó de pena los corazones de los discípulos era un afecto demasiado grande por esta vida presente. Nada obstaculiza más nuestro gozo en Dios que el amor al mundo, y la tristeza del mundo que viene con aquel.

Vv. 7—15. La partida de Cristo era necesaria para la venida del Consolador. Enviar el Espíritu iba a ser el fruto de la muerte de Cristo, que fue su partida. Su presencia corporal podía estar solamente en un lugar a la vez, pero su Espíritu está en todas partes, en todos los lugares, en todos los tiempos, dondequiera que dos o tres estén reunidos en su nombre. —Véase en esto el oficio del Espíritu, primero *reprobar*, o convencer de pecado. La obra de convicción de pecado es obra del Espíritu, que puede hacerla eficazmente, y nadie sino Él solamente. El Espíritu Santo adopta el método de condenar el pecado primero, y luego consolar. El Espíritu convencerá al mundo *de pecado*; simplemente no se limitará a decírselo. El Espíritu convence de que el pecado es un hecho; de la falta del pecado; de la necedad del pecado; de la inmundicia del pecado, que por eso llegamos a ser aborrecidos por Dios; de la fuente del pecado: la naturaleza corrupta; y, por último, del fruto del pecado cuyo fin es la muerte. El Espíritu Santo demuestra que todo el mundo es culpable ante Dios. Él convence al mundo *de justicia*; que Jesús de Nazaret fue Cristo, el justo; además, de la justicia de Cristo que nos es imputada para justificación y salvación. Él les muestra de dónde se obtiene y cómo pueden ser aceptados por justos según el criterio de Dios. La ascensión de Cristo prueba que el rescate fue aceptado y consumada la justicia por medio de la cual los creyentes iban a ser justificados. *De juicio* porque el príncipe de este mundo es juzgado. Todo estará bien cuando sea roto el poder del que hizo todo el mal. Como Satanás es vencido por Cristo, esto nos da confianza,

porque ningún otro poder puede resistir ante Él. Y del día del juicio. —La venida del Espíritu iba a ser una ventaja indecible para los discípulos. El Espíritu Santo es nuestro Guía, no sólo para mostrarnos el camino, sino para ir con nosotros con ayudas e influencias continuas. Ser guiados a una verdad es más que conocerla apenas; no es tener su noción tan sólo en nuestra cabeza, sino su deleite, su sabor y su poder en nuestros corazones. Él enseñará toda la verdad sin retener nada que sea provechoso, porque mostrará cosas venideras. Todos los dones y las gracias del Espíritu, toda la predicación, y todos los escritos de los apóstoles bajo la influencia del Espíritu, todas las lenguas y milagros, eran para glorificar a Cristo. Corresponde a cada uno preguntarse si el Espíritu Santo ha empezado la buena obra en su corazón. Sin la revelación clara de nuestra culpa y peligro nunca entenderíamos el valor de la salvación de Cristo, pero cuando se nos da a conocer correctamente, empezamos a entender el valor del Redentor. Tendríamos visiones más plenas del Redentor y afectos más vivos por Él si oráramos más por el Espíritu Santo y dependiésemos más de Él.

Vv. 16—22. Bueno es considerar cuán cerca de su final están nuestras temporadas de gracia para que seamos estimulados a tener provecho de ellas, porque el dolor de los discípulos serán pronto convertido en gozo, como los de la madre cuando ve a su recién nacido bebé. El Espíritu Santo será el Consolador de ellos y ni los hombres ni los demonios, ni los sufrimientos en la vida y en la muerte, les quitarán para siempre su gozo. Los creyentes tienen gozo o pena según su visión de Cristo y las señales de su presencia. Viene un dolor al impío que nada puede aminorar; el creyente es heredero del gozo que nadie puede quitar. ¿Dónde está ahora el gozo de los asesinos de nuestro Señor y el dolor de sus amigos?

Vv. 23—27. Pedirle al Padre muestra la percepción de las necesidades espirituales, y el deseo de bendiciones espirituales con el convencimiento de que deben obtenerse sólo de Dios. Pedir en el nombre de Cristo es reconocer nuestra indignidad para recibir favores de Dios, y demuestra nuestra total dependencia de Cristo como Jehová justicia nuestra. —Nuestro Señor había hablado hasta aquí con frases cortas y de peso o con parábolas, cuya magnitud no captaban plenamente los discípulos, pero después de su resurrección tenía pensado enseñarles claramente cosas referidas al Padre y del camino a Él, por medio de su intercesión. La frecuencia con que nuestro Señor pone en vigencia la ofrenda de peticiones en su nombre, señala que el gran fin de la mediación de Cristo es imprimir en nosotros el profundo sentido de nuestra pecaminosidad y del mérito y poder de su muerte, por lo cual tenemos acceso a Dios. Recordemos siempre que es lo mismo dirigirnos al Padre en el nombre de Cristo que dirigirnos al Hijo en cuanto Dios que habita en la naturaleza humana, y reconcilia al mundo consigo, puesto que Padre e Hijo son uno.

Vv. 28—33. He aquí una clara afirmación de la venida de Cristo desde el Padre y de su regreso a Él. En su venida el Redentor fue Dios manifiesto en carne, y en su Partida fue recibido en gloria. Los discípulos aprovecharon el conocimiento diciendo eso; también, en fe: “ahora estamos seguros”. ¡Sí! No conocían su propia debilidad. —La naturaleza divina no desertó de la naturaleza humana, pero la sostuvo y dio consuelo y valor a los sufrimientos de Cristo. Mientras tengamos la presencia favorable de Dios estamos felices y debemos estar tranquilos, aunque todo el mundo nos abandone. —La paz en Cristo es la única paz verdadera, los creyentes la tienen en Él solamente. A través de Él tenemos paz con Dios y, así en Él tenemos paz en nuestra mente. Debemos animarnos porque Cristo ha vencido al mundo ante nosotros, pero mientras pensemos que resistimos, cuidemos de no caer. No sabemos cómo debemos actuar y entramos en tentación: estemos alertas y orando sin cesar para que no seamos dejados solos.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—5. *Oración de Cristo por sí mismo.* 6—10. *Oración por sus discípulos.* 11—26. *Su oración.*

Vv. 1—5. Nuestro Señor oró como hombre y como Mediador de su pueblo, aunque habló con majestad y autoridad, como uno e igual con el Padre. La vida eterna no podía ser dada a los creyentes a menos que Cristo, su fiador, glorificara al Padre y fuera glorificado por Él. Este es el camino del pecador a la vida eterna y cuando este conocimiento sea perfeccionado, se disfrutarán plenamente la santidad y la felicidad. La santidad y la felicidad de los redimidos son, en especial, la gloria de Cristo y de su Padre, que fue el gozo puesto delante de Él, por el cual soportó la cruz y despreció la vergüenza; esta gloria era el fin del pesar de su alma y al obtenerla se satisfizo completamente. Así somos enseñados que es necesario que glorifiquemos a Dios como prueba de nuestro interés en Cristo, por quien la vida eterna es la libre dádiva de Dios.

Vv. 6—10. Cristo ora por los que son suyos. Tú me los diste, como ovejas al pastor, para ser cuidados; como un paciente es llevado al médico, para ser curado; como niños al tutor, para ser enseñados: de este modo Él entregará su carga. Para nosotros es una gran satisfacción, en nuestra confianza en Cristo, que sea de Dios Él, todo lo que Él es y tiene, y todo lo que dijo e hizo, todo lo está haciendo y hará. Cristo ofreció esta oración por su pueblo solo en cuanto a creyentes; no por el mundo en general. Aunque nadie que desee ir al Padre y sea consciente de que es indigno de ir en su propio nombre, tiene que desanimarse por la declaración del Salvador, porque es capaz y está dispuesto para salvar hasta lo sumo a todos los que vayan a Dios por Él. Las convicciones y los deseos fervorosos son señal esperanzadora de una obra ya efectuada en el hombre; empiezan a demostrar que ha sido elegido para salvación a través de la santificación del Espíritu y la creencia de la verdad. —Ellos son tuyos, y los tuyos son los míos. Esto dice que Padre e Hijo son uno. Todo lo mío es tuyo. El Hijo no considera a nadie como suyo que no sea dedicado al servicio del Padre.

Vv. 11—16. Cristo no ora que ellos sean ricos y grandes en el mundo, sino que sean resguardados del pecado, fortalecidos para su deber, y llevados a salvo al cielo. La prosperidad del alma es la mejor prosperidad óptima. Rogó a su santo Padre que los cuidara por su poder y para su gloria, para que ellos se unieran en afecto y trabajo aun conforme a la unión de Padre e Hijo. —No oró que sus discípulos sean quitados del mundo, para que pudieran escapar de la ira de los hombres, porque tenían una gran obra que hacer para la gloria de Dios, y para beneficio de la humanidad. Él oró que el Padre los resguardara del mal, de ser corrompidos por el mundo, los remanentes de pecado en sus corazones, y del poder y astucia de Satanás. Así, pues, ellos pasarían por el mundo como cruzando territorio enemigo, como Él había hecho. Ellos no son dejados aquí para procurar los mismo objetivos que los hombres que les rodean, sino para glorificar a Dios y servir a su generación. El Espíritu de Dios en los cristianos verdaderos se opone al espíritu del mundo.

Vv. 17—19. Cristo oró en seguida por los discípulos para que no sólo fueran resguardados del mal, sino fueran hechos buenos. La oración de Jesús por todos los suyos es que sean hechos santos. Hasta los discípulos deben orar pidiendo la gracia santificadora. —El medio de dar esta gracia es “por tu verdad, tu palabra es la verdad”. *Santificalos*, apártalos para ti mismo y para tu servicio. Recíbelos en el oficio; que tu mano vaya con ellos. —Jesús se consagró por entero a su tarea, y a todas las partes de ella, especialmente al ofrendarse inmaculado a Dios por el Espíritu eterno. La real santidad de todos los cristianos verdaderos es el fruto de la muerte de Cristo, por la cual fue adquirido el don del Espíritu Santo; Él se dio por su Iglesia para santificarla. Si nuestros puntos de vista no tienen este efecto en nosotros, no son verdad divina, o no los recibimos por una fe activa y viva, sino como simples nociones.

Vv. 20—23. Nuestro Señor oró especialmente que todos los creyentes fueran como un cuerpo bajo una cabeza, animado por una sola alma, por su unión con Cristo y el Padre en Él, por medio del Espíritu Santo que habita en ellos. Mientras más discutan sobre asuntos menores, más arrojan dudas sobre el cristianismo. Propongámonos mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, rogando que todos los creyentes se unan más y más en un propósito y un criterio. Así convenceríamos al mundo de la verdad y de la excelencia de nuestra religión y encontraríamos una comunión más dulce con Dios y sus santos.

Vv. 24—26. Cristo, como Uno con el Padre, ora por cuenta de todos los que le habían sido

dados y que, en su debido momento, creerían en Él, para que sean llevados al cielo; y que ahí toda la compañía de los redimidos pueda contemplar su gloria como Amigo y Hermano amado, y en ello hallar la dicha. Había declarado, y declararía después, el nombre o el carácter de Dios, por su doctrina y su Espíritu, que siendo uno con Él, también pueda permanecer con ellos el amor del Padre por Él. Así, estando unidos con Él por un Espíritu, sean llenos con la plenitud de Dios y disfruten la bendición de la cual no podemos formarnos una idea correcta en nuestro estado actual.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—12. *Cristo detenido en un huerto.* 13—27. *Cristo ante Anás y Caifás.* 28—40. *Cristo ante Pilato.*

Vv. 1—12. El pecado empezó en el huerto de Edén, allí se pronunció la maldición, allí se prometió el Redentor; y en un huerto esa Simiente prometida entró en conflicto con la serpiente antigua. Cristo fue sepultado también en un huerto. Entonces, cuando paseemos por nuestros huertos, meditemos en los sufrimientos de Cristo en un huerto. —Nuestro Señor Jesús, sabiendo todas las cosas que le sobrevendrían, se adelantó y preguntó, ¿a quién buscáis? Cuando el pueblo quiso obligarlo a llevar una corona, Él se retiró, capítulo vi, 15, pero cuando vinieron a obligarlo a llevar la cruz, Él se ofreció, porque vino a este mundo a sufrir, y fue al otro mundo a reinar. Él demostró claramente lo que podría haber hecho cuando los derribó; pudiera haberlos dejado muertos, pero no lo hizo así. Debe de haber sido el efecto del poder divino que los oficiales y los soldados dejaran que los discípulos se fueran tranquilamente después de la resistencia que ofrecieron. —Cristo nos da el ejemplo de mansedumbre en los sufrimientos y la pauta del sometimiento a la voluntad de Dios en toda cosa que nos concierna. —Es solo *la copa*, cosa de poca monta. Es la copa que *nos es dada*; los sufrimientos son dádivas. Nos es dada por *el Padre* que tiene la autoridad de padre y no nos hace mal; el afecto de un padre, y no tiene intención de herirnos. Del ejemplo de nuestro Salvador debemos aprender a recibir nuestras aflicciones más ligeras y preguntarnos si debemos resistir la voluntad de nuestro Padre o desconfiar de su amor. —Estamos atados con la cuerda de nuestras iniquidades, con el yugo de nuestras transgresiones. Cristo, hecho ofrenda del pecado por nosotros, para librarnos de esas ataduras, se sometió a ser atado por nosotros. Debemos nuestra libertad a sus ataduras: así el Hijo nos hace libres.

Vv. 13—27. Simón Pedro niega a su Maestro. Los detalles han sido comentados en los otros evangelios. El comienzo del pecado es como dejar correr el agua. El pecado de mentir es un pecado fértil: una mentira necesita otra para apoyarse, y esa, otra. Si el llamado a exponernos a un peligro es claro, podemos esperar que Dios nos dé poder para honrarle; si no es así, podemos temer que Dios permitirá que seamos avergonzados. Ellos nada dijeron acerca de los milagros de Jesús, por los cuales había hecho tanto bien, y que probaban su doctrina. De esa manera, los enemigos de Cristo, aunque pelean contra la verdad, cierran voluntariamente sus ojos ante ella. Él apela a los que le oyen. La doctrina de Cristo puede apelar con seguridad a todos los que la conocen, y los que juzgan según verdad dan testimonio de ella. Nunca debe ser apasionado nuestro resentimiento por las injurias. Él razonó con el hombre que le injurió y nosotros también podemos.

Vv. 28—32. Era injusto mandar a la muerte a uno que había hecho tanto bien, por tanto, los judíos estaban dispuestos a salvarse de reproche. Muchos temen más el escándalo que el pecado de algo malo. Cristo había dicho que sería entregado a los gentiles y que ellos lo matarían; aquí vemos que eso se cumplió. Había dicho que sería crucificado, levantado. Si los judíos lo hubieran juzgado conforme a su ley, le hubieran lapidado; la crucifixión nunca fue usada por los judíos. Aunque no se nos haya revelado, está determinado en lo que a nosotros concierne, de qué muerte moriremos: esto debiera librarnos de la inquietud relativa a ese asunto. Señor, que sea cuándo y cómo hayas designado.

Vv. 33—40. ¿Eres el Rey de los judíos, ese Rey de los judíos que ha sido esperado tanto tiempo? Mesías, el Príncipe, ¿eres tú? ¿Te llamas así y deseas que así se piense de ti? Cristo respondió esta pregunta con otra, no por evadirla, sino para que Pilato considerara lo que hizo. Él nunca se tomó ningún poder terrenal; nunca hubo principios ni costumbres traicioneras atribuidas a Él. —Cristo da cuenta de la naturaleza de su reino. Su naturaleza no es de este mundo; es un reino dentro de los hombres, instalado en sus conciencias y corazones; sus riquezas son espirituales, su poder es espiritual, y su gloria es interior. Sus sustentos no son mundanos; sus armas son espirituales; no necesita ni usa fuerza para mantenerse y avanzar, ni se opone a ningún reino, sino al del pecado y Satanás. Su objetivo y designio no son mundanos. Cuando Cristo dijo: Yo soy la Verdad, dijo efectivamente Yo soy Rey. Él vence por la evidencia de la verdad que convence; Él reina por el poder autoritativo de la verdad. Los súbditos de este reino son los que son de la verdad. —Pilato hizo una buena pregunta cuando dijo, ¿qué es la verdad? Cuando escudriñamos las Escrituras y atendemos al ministerio de la palabra, debe ser con esa interrogante, ¿qué es la verdad? Y con esta oración: Guíame a tu verdad; a toda la verdad. Sin embargo, muchos de los que formulan esta pregunta no tienen paciencia para perseverar en la búsqueda de la verdad ni tienen la humildad suficiente para recibirla. —De esta solemne declaración de la inocencia de Cristo surge que, aunque el Señor Jesús fue tratado como el peor de los malhechores, nunca mereció ese trato. Pero eso muestra el objetivo de su muerte: que Él murió como Sacrificio por nuestros pecados. Pilato quería complacer a ambos bandos y era gobernado más por la sabiduría mundana que por las reglas de la justicia. —El pecado es un ladrón, pero es neciamente escogido por muchos en vez de Cristo, que verdaderamente nos enriquece. Propongámonos avergonzar a nuestros acusadores, como lo hizo Cristo, y cuidémonos de volver a crucificar a Cristo.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—18. *Cristo, condenado y crucificado.* 19—30. *Cristo en la cruz.* 31—37. *Su costado es atravesado.* 38—42. *El entierro de Jesús.*

Vv. 1—18. A Pilato no se le ocurrió con qué santa consideración estos sufrimientos de Cristo iban a ser materia de reflexión y conversación entre los mejores y más grandes hombres. Nuestro Señor Jesús salió adelante dispuesto a exponerse a su burla. Bueno para todos los que tienen fe es contemplar a Jesucristo en sus sufrimientos. Contéplalo y ámalo; sigue mirando a Jesús. Su odio estimuló sus esfuerzos en su contra, y ¿nuestro amor por Él no estimulará nuestros esfuerzos en favor de Él y su reino? —Parece que Pilato pensó que Jesús podía ser una persona superior al promedio. Hasta la conciencia natural hace que los hombres se asusten de ser hallados peleando contra Dios. —Como nuestro Señor sufrió por los pecados de judíos y gentiles, fue una parte especial del consejo de la sabiduría divina que los judíos primero propusieran su muerte y los gentiles la ejecutaran efectivamente. Si Cristo no hubiera sido rechazado por los hombres, nosotros hubiéramos sido rechazados para siempre por Dios. —Ahora era entregado el Hijo del hombre en manos de hombres malos e irracionales. Fue llevado en nuestro lugar, para que escapásemos. Fue clavado a la cruz como Sacrificio atado al altar. La Escritura se cumplió: No murió en el altar entre los sacrificios, sino entre delincuentes sacrificados a la justicia pública. Ahora, hagamos una pausa y miremos con fe a Jesús. ¿Hemos tenido alguna vez una tristeza como la suya? ¡Vedlo sangrando, vedlo muriendo, vedlo y amadlo! ¡Amadlo y vivid para Él!

Vv. 19—30. He aquí algunas circunstancias notables de la muerte de Jesús narradas en forma más completa que antes. Pilato no satisfizo a los principales sacerdotes permitiendo que se cambiara el letrero; lo que indudablemente se refería a un poder secreto de Dios en su corazón, para que esta declaración del carácter y autoridad de nuestro Señor continuase. Muchas cosas hechas por los soldados romanos fueron cumplimiento de profecías del Antiguo Testamento. Todas las cosas allí

escritas se cumplirán. —Cristo proveyó tiernamente para su madre cuando moría. A veces, cuando Dios nos quita un consuelo, levanta otro para nosotros donde no lo buscamos. El ejemplo de Cristo enseña a los hombres a honrar a sus padres en la vida y en la muerte; a proveer para sus necesidades, y a fomentar su bienestar por todos los medios a su alcance. —Nótense especialmente la palabra de moribundo con que Jesús entregó su espíritu: Consumado es; esto es, los consejos del Padre en cuanto a sus sufrimientos estaban ahora cumplidos. Consumado es: se cumplieron todos los tipos y las profecías del Antiguo Testamento que apuntaban a los sufrimientos del Mesías. Consumado es: la ley ceremonial es derogada; ahora vino la sustancia y todas las sombras se disipan. Consumado es: se puso fin a la transgresión y se ha introducido la justicia eterna. Sus sufrimientos estaban ahora terminados, tantos los de su alma como los de su cuerpo. Consumado es: la obra de la redención y salvación del hombre está ahora completada. Su vida no le fue quitada por la fuerza; libremente entregada.

Vv. 31—37. Se probó si Jesús estaba muerto. Murió en menos tiempo que el empleado por las personas crucificadas. Eso muestra que había puesto su vida. La lanza rompió las fuentes mismas de la vida: ningún cuerpo humano hubiera podido sobrevivir esa herida, pero el haber sido atestiguado solemnemente demuestra que hubo algo peculiar en eso. La sangre y el agua que brotaron representaban esos dos grandes beneficios de los cuales participan todos los creyentes a través de Cristo: justificación y santificación: sangre para la expiación, agua para la purificación. Ambos brotaron del costado traspasado de nuestro Redentor. A Cristo crucificado debemos el mérito de nuestra justificación, y el Espíritu y la gracia para nuestra santificación. Que esto silencie los temores de los cristianos débiles y aliente sus esperanzas; del costado atravesado de Jesús salieron agua y sangre, ambas para justificarlos y santificarlos. —La Escritura se cumplió al no permitir Pilato que le quebraran las piernas, Salmo xxxiv, 20. Había un tipo de esto en el cordero pascual, Éxodo xii, 46. Miremos siempre a Aquel que traspasamos con nuestros pecados, ignorantes y desconsiderados, sí, a veces contra las convicciones y las misericordias; y que derramó agua y sangre de su costado herido para que nosotros fuésemos justificados y santificados en su nombre.

Vv. 38—42. José de Arimatea era discípulo secreto de Cristo. Los discípulos debieran reconocerse francamente como tales, pero, algunos que han sido temerosos en pruebas menores, han sido valientes en las más grandes. Cuando Dios tiene obra que hacer, puede hallar a los que son aptos para ella. El embalsamamiento fue hecho por Nicodemo, amigo secreto de Cristo, aunque no un seguidor constante. Esa gracia que primero es como caña cascada, puede, más adelante, recordar un cedro firme. He aquí a estos dos ricos que mostraron el valor que daban a la persona y doctrina de Cristo y que no fue disminuido por el oprobio de la cruz. Debemos cumplir nuestro deber conforme a lo que sean el día y la oportunidad presente, dejando a Dios que cumpla sus promesas a su manera y a su debido tiempo. Se había determinado que la sepultura de Jesús fuera con los impíos, como ocurría con los que sufrían como delincuentes, pero con los ricos fue en su muerte, conforme a lo profetizado, Isaías liii, 9; era muy improbable que estas dos circunstancias se juntaran en la misma persona. Fue sepultado en un sepulcro nuevo; por tanto, no se podía decir que no era Él, sino otro quien resucitó. También aquí se nos enseña que no seamos melindrosos con referencia al lugar de nuestra sepultación. El fue enterrado en el sepulcro que estaba más a mano. —Aquí está el Sol de Justicia oculto por un tiempo, para volver a salir con mayor gloria y, entonces, no volver a ponerse.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—10. *El sepulcro vacío.* 11—18. *Cristo aparece a María.* 19—25. *Aparece a los discípulos.* 26—29. *Incredulidad de Tomás.* 30, 31. *Conclusión.*

Vv. 1—10. Si Cristo hubiera dado su vida en rescate sin volver a tomarla, no se hubiera

manifestado que su ofrenda había sido aceptada como satisfacción. —Fue una gran prueba para María que el cuerpo hubiera desaparecido. Los creyentes débiles suelen hacer materia de lamento precisamente aquello que es fundamento justo de esperanza, y materia de gozo. Está bien que los más honrados que otros con los privilegios de los discípulos sean más activos en los deberes de los discípulos: más dispuestos a aceptar dolores y correr riesgos en una buena obra. Debemos hacer lo mejor que podamos sin envidiar a quienes puedan hacer aun mejor, ni despreciar a los que hacen lo mejor que pueden aunque se queden atrás. —El discípulo a quien Jesús amaba de manera especial y que, por tanto, amaba de manera especial a Jesús, llegó primero. El amor de Cristo nos hará abundar en todo deber más que en cualquier otra cosa. El que se quedó atrás fue Pedro, que había negado a Cristo. El sentido de culpa nos obstaculiza en el servicio de Dios. —Todavía los discípulos no sabían la Escritura; no consideraban ni aplicaban lo que conocían de la Escritura: que Cristo debía resucitar de entre los muertos.

Vv. 11—18. Probablemente busquemos y encontremos cuando buscamos con afecto y buscamos con lágrimas. Sin embargo, muchos creyentes se quejan de las nubes y tinieblas bajo las cuales se hallan, que son métodos de la gracia para humillar sus almas, mortificar sus pecados y hacerles querido a Cristo. No basta con ver ángeles y sus sonrisas, sin ver a Jesús y la sonrisa de Dios en Él. Nadie, sino quien las ha saboreado, sabe las penas de un alma abandonada, que tuvo las consoladoras pruebas del amor de Dios en Cristo, y esperanzas del cielo, pero que, ahora, las perdió y anda en tinieblas; ¿quién puede soportar ese espíritu herido? —Al manifestarse a quienes le buscan, Cristo sobrepasa a menudo sus expectativas. Véase como el corazón de María anhelaba encontrar a Jesús. El modo de Cristo para darse a conocer a su pueblo es su palabra que, aplicada a sus almas les habla en particular. Podría leerse: ¿Es mi Maestro? Véase con cuánto placer quienes aman a Jesús hablan de su autoridad sobre ellos. Él le impide esperar que su presencia corporal continúe, Él no estaba más en el mundo; ella debe mirar más arriba y más allá del estado presente de las cosas. —Nótese la relación con Dios por la unión con Cristo. Al participar nosotros de la naturaleza divina, el Padre de Cristo es nuestro Padre; y, al participar Él de la naturaleza humana, nuestro Dios es su Dios. La ascensión de Cristo al cielo para interceder por nosotros allí es como un consuelo inexplicable. Que ellos no piensen que esta tierra será su hogar y reposo; sus ojos y sus miras y sus deseos anhelosos deben estar en otro mundo y aun hasta en sus corazones: yo asciendo, por tanto, debo procurar las cosas que están en lo alto. Y que los que conocen la palabra de Cristo se propongan que otros obtengan el beneficio de su conocimiento.

Vv. 19—25. Este era el primer día de la semana y, después, este día es mencionado a menudo por los escritores sagrados, porque fue evidentemente apartado como el día de reposo cristiano en memoria de la resurrección de Cristo. Los discípulos habían cerrado las puertas por miedo a los judíos; y cuando no tenían esa expectativa, el mismo Jesús vino y se paró en el medio de ellos, habiendo abierto las puertas en forma milagrosa aunque silenciosa. Consuelo para los discípulos de Cristo es que ninguna puerta puede dejar fuera la presencia de Cristo, cuando sus asambleas pueden realizarse sólo en privado. Cuando Él manifiesta su amor por los creyentes por medio de las consolaciones de su Espíritu, les asegura que debido a que Él vive, también ellos vivirán. Ver a Cristo alegrará el corazón del discípulo en cualquier momento, y mientras más veamos a Cristo, más nos regocijaremos. —Él dijo: Recibid el Espíritu Santo, demostrando así que su vida espiritual, y su habilidad para hacer la obra, derivará y dependerá de Él. Toda palabra de Cristo que sea recibida por fe en el corazón, viene acompañada de ese sople divino; y sin Él no hay luz ni vida. Nada se ve, conoce, discierne ni siente de Dios sino por medio de éste. —Cristo mandó, después de esto, a los apóstoles a que anunciaran el único método por el cual será perdonado el pecado. Este poder no existía en absoluto en los apóstoles en cuanto poder para dar juicio, sino sólo como poder para declarar el carácter de aquellos a quienes Dios aceptará o rechazará en el día del juicio. Ellos han sentado claramente las características por medio de las cuales puede discernirse a un hijo de Dios y ser distinguido de un falso profesante y, conforme a lo que ellos hayan declarado, cada caso será decidido en el día del juicio. —Cuando nos reunimos en el nombre de Cristo, especialmente en su día santo, Él se encontrará con nosotros y nos hablará de paz. Los discípulos de Cristo deben

emprender la edificación de su santísima fe de unos a otros, repitiendo a los que estuvieron ausentes lo que oyeron, y dando a conocer lo que han experimentado. Tomás limitó al Santo de Israel, cuando quería ser convencido por su propio método, y no de otra manera. Podría haber sido dejado, con justicia, en su incredulidad, luego de rechazar tan abundantes pruebas. Los temores y las penas de los discípulos suelen ser prolongadas para castigar su negligencia.

Vv. 26—29. Desde el principio quedó establecido que uno de siete días debería ser religiosamente observado. Y que en el reino del Mesías el primer día de la semana sería ese día solemne, fue señalado en que en ese día Cristo se reunió con sus discípulos en asamblea religiosa. El cumplimiento religioso de ese día nos ha llegado a través de toda era de la Iglesia. —No hay en nuestra lengua una palabra de incredulidad ni pensamiento en nuestra mente que no sean conocidos por el Señor Jesús; y le plació acomodarse aun a Tomás en vez de dejarlo en su incredulidad. Debemos soportar así al débil, Romanos xv, 1, 2. Esta advertencia es dada a todos. Si somos infieles, estamos sin Cristo, desdichados, sin esperanzas y sin gozo. —Tomás se avergonzó de su incredulidad y clamó: ¡Señor mío, y Dios mío! —Los creyentes sanos y sinceros serán aceptados de gracia por el Señor Jesús aunque sean lentos y débiles. Deber de los que oyen y leen el evangelio es creer y aceptar la doctrina de Cristo y el testimonio acerca de Él, 1 Juan v, 11.

Vv. 30, 31. Hubo otras señales y pruebas de la resurrección de nuestro Señor, pero estas se han escrito para que todos crean que Jesús era el Mesías prometido, el Salvador de pecadores y el Hijo de Dios; para que, por esta fe, reciban la vida eterna, por su misericordia, verdad y poder. Creamos que Jesús es el Cristo, y creyendo, tengamos vida en su nombre.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—14. *Cristo se aparece a sus discípulos.* 15—19. *Su conversación con Pedro.* 20—24. *La declaración de Cristo acerca de Juan.* 25. *Conclusión.*

Vv. 1—14. Cristo se da a conocer a su pueblo habitualmente en sus ordenanzas pero, a veces, por su Espíritu los visita cuando están ocupados en sus actividades. Bueno es que los discípulos de Cristo estén juntos en la conversación y en las actividades corrientes. Aún no había llegado la hora para que entraran en acción. Contribuirían para sustentarse a sí mismos a fin de no ser carga para nadie. —El tiempo de Cristo para darse a conocer a su pueblo es el momento en que ellos están más perdidos. Él conoce las necesidades temporales de su pueblo y les ha prometido no sólo gracia suficiente, sino alimento conveniente. La providencia divina se extiende a las cosas más minuciosas, y felices son los que reconocen a Dios en todos sus caminos. Los humildes, diligentes y pacientes, serán coronados aunque sus labores sean terribles; a veces, viven para ver que sus asuntos toman un giro favorable después de muchas luchas. Nada se pierde con obedecer las órdenes de Cristo; es tirar la red al lado derecho del bote. Jesús se manifiesta a su pueblo haciendo por ellos lo que nadie más puede hacer, y lo que ellos no esperaban. Él cuidará que a los que dejaron todo por Él, no les falte ningún bien. Y los favores tardíos deben traer a la memoria los favores previos, para que no se olvide el pan comido. —Aquel a quien Jesús amaba fue el primero en decir: Es el Señor. Juan se había aferrado más estrechamente a su Maestro en sus sufrimientos y lo conoció mucho antes. Pedro era el más celoso, y alcanzó primero a Cristo. ¡Con qué variedad dispensa Dios las dádivas y cuánta diferencia puede haber entre uno y otro creyente en su modo de honrar a Cristo, pero todos son aceptados por Él! Otros se quedan en el bote, arrastran la red y traen la pesca a la playa, y no debemos culpar de mundanas a esas personas, porque ellos, en sus puestos, están sirviendo verdaderamente a Cristo, como los demás. —El Señor Jesús tenía provisión lista para ellos. No tenemos que curiosear inquiriendo de dónde provino, pero consolémonos con el cuidado de Cristo por sus discípulos. Aunque había tantos peces y tan grandes, no perdieron ninguno ni dañaron su red. La red del evangelio ha capturado a multitudes, pero es tan fuerte como

siempre para llevar almas a Dios.

Vv. 15—19. Nuestro Señor se dirigió a Pedro por su nombre original, como si hubiera dejado el de Pedro cuando lo negó. Ahora contestó: Tú sabes que te amo, pero sin declarar que ama a Jesús más que los otros. No debemos sorprendernos con que nuestra sinceridad sea cuestionada cuando nosotros mismos hemos hecho lo que la vuelve dudosa. Todo recuerdo de pecados pasados, aun de pecados perdonados, renueva la tristeza del penitente verdadero. Consciente de su sinceridad, Pedro apeló solemnemente a Cristo, que conoce todas las cosas, hasta los secretos de su corazón. Bueno es que nuestras caídas y errores nos vuelvan más humildes y alertas. La sinceridad de nuestro amor a Dios debe ser puesta a prueba. Y nos conviene rogar con oración perseverante y ferviente al Dios que escudriña los corazones, que nos examine y nos pruebe a ver si somos capaces de resistir esta prueba. Nadie que no ame al buen Pastor más que a toda ventaja u objeto terrenal, puede ser apto para apacentar las ovejas y los corderos de Cristo. —El gran interés de todo hombre bueno, cualquiera sea la muerte de que muera, es glorificar a Dios en ella, porque ¿cuál es nuestro objetivo principal sino este: morir por el Señor cuando lo pida?

Vv. 20—24. Los sufrimientos, los dolores, y la muerte parecen formidables aun al cristiano experimentado; pero, en la esperanza de glorificar a Dios, de dejar un mundo pecador, y estar presente con su Señor, aquel se vuelve presto a obedecer el llamado del Redentor y seguirle hacia la gloria a través de la muerte. —La voluntad de Cristo es que sus discípulos se ocupen de su deber sin andar curioseando hechos futuros, sea acerca de sí o del prójimo. Somos buenos para ponernos ansiosos por muchas cosas que nada tienen que ver con nosotros. Los asuntos de otras personas nada son para que nos entrometamos; debemos trabajar tranquilamente y ocuparnos de nuestros asuntos. Se hacen muchas preguntas curiosas sobre los consejos de Dios, y el estado del mundo invisible, a las cuales podemos responder, ¿qué a nosotros? Si atendemos el deber de seguir a Cristo, no hallaremos corazón ni tiempo para meternos en lo que no nos corresponde. —¡Cuán poco se puede confiar en las tradiciones orales! Que la Escritura se interprete y se explique a sí misma; porque en gran medida, es evidencia y prueba en sí misma, porque es luz. Nótese la facilidad de enmendar errores, como aquellos, por la propia palabra de Cristo. El lenguaje de la Escritura es el canal más seguro para la verdad de la Escritura: las palabras que enseña el Espíritu Santo, 1 Corintios ii, 13. Los que no concuerdan en los mismos términos del arte, y su aplicación, pueden, no obstante, estar de acuerdo en los mismos términos de la Escritura, y amarse unos a otros.

V. 25. Se escribió sólo una pequeña parte de los actos de Jesús; pero bendigamos a Dios por todo lo que está en las Escrituras y agradezcamos que haya tanto en tan poco espacio. Suficiente quedó escrito para dirigir nuestra fe, y regir nuestra práctica; más, hubiera sido innecesario. —Mucho de lo escrito es pasado por alto, mucho se olvida, y mucho es hecho cuestión de controversias dudosas. Sin embargo, podemos esperar el gozo que recibiremos en el cielo del conocimiento más completo de todo lo que Jesús hizo y dijo, y de la conducta de su providencia y gracia en sus tratos con cada uno de nosotros. Sea esta nuestra felicidad. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre, capítulo xx, 31.

Henry, Matthew